

se pasee por estos sitios; y yo soy muy desgraciado, puesto que el hambre me obliga á acompañar á los poetas, sabiendo como sé que luégo salen de aquí calumniando al *Consejo de los Diez* y á la ilustre *Señoría*.—Lord Byron!—Yo he leído sus obras, y son un tejido de patrañas. El Gobierno de la República era más clemente, más justo, más paternal que todos los que se han sucedido despues en Venecia....

—Sin embargo (repliqué), yo os suplicaria que me enseñáseis los *Plomos* y los *Pozos*...

El hombre me miró de una manera espantosa, al ver que yo sabia el nombre de aquellos tremendos lugares; y, dando una especie de rugido, continuó diciendo:

—¡Los *Pozos*! ¡los *Plomos*!—Ni hay tales *Plomos*, ni hay tales *Pozos*. Venid á verlos, y hallareis que son las prisiones más cómodas del mundo.—¡Ah! ¡los poetas! ¡los poetas! ¡Silvio Pellico! ¡*Le Mie prigion!* ¡Calumnias! ¡tonterías!

Hablando de este modo, cogió un manajo de llaves y empezó á subir penosamente la escalera de que he hablado.

Yo lo seguí.

Al término de aquella larga, estrecha y empinadísima escalera, encontramos una especie de crugia, muy baja de techo, á la que daban cinco ó seis puertas iguales, chapadas de hierro y cargadas de cerrojos y fuertes cerraduras.

El Conserje abrió una de ellas, y entramos en una pequenísima bohardilla, á cuyo techo se tocaba con la mano.

Una angosta ventana de reja dejaba ver el cielo y algunas chimeneas, y daba paso á torrentes de viva luz.

A pesar de que estamos en noviembre y de que hoy ha hecho un dia muy fresco, en aquel zaquizamí se sentia un calor insoportable.

El techo de la prision se reducía á la fuerte lámina de plomo que cubre todo el *Palacio Ducal*.

El sol la habia ya caldeado... ¡y eso que eran la diez de la mañana!—Gradúese, pues, á qué estado de incandescencia llegará á las dos de la tarde de un dia de verano!

—Estos son los *Plomos* (*i Piombi*), prosiguió el Conserje. ¡Ya ve usted que no tienen nada de particular! Como prision, no conocerá usted ninguna más alegre. Aquí hay luz; desde aquí se ve el cielo; desde aquí se ve hasta la Ciudad... ¿Dónde se encontraría un calabozo semejante? Un hombre encerrado en esta habitación, podia creerse en su casa. Por esa ventana entraba el sol á visitarlo: las palomas se paraban en los hierros de la reja y le daban los buenos dias: los rumores de la poblacion, el ruido de los remos, los repiques de las campanas, los golpes de los talleres, los cantos de las criadas, hasta las conversaciones de las calles llegaban á sus oidos.—No era, pues, estar preso: era estar en el mundo.—¡Vayan los poetas noramala, y díganme dónde podría pasar un pobre los rigurosos inviernos de Venecia mejor que en el último piso del Palacio de los Dux!

Mientras que el implacable cancerbero hablaba así, yo pensaba en *Le Mie Prigioni*; recordaba todo lo que padeció Silvio Pellico, abrasado bajo aquella lámina de plomo, devorado por los cínifes, colgado sobre el mundo, suspendido entre el cielo y la tierra; solo, en medio de la humanidad; muerto para todos, cuando todos vivían para él y le dejaban oír sus ecos de júbilo y alegría y la música inefable de la libertad!...—¿Qué mayor tormento? ¿Qué prision más espantosa?

¡Y cuenta que la estancia ocupada por el autor de *Francesca da Rimini*, situada en el extremo Norte del *Palacio Ducal*, era la más cómoda y ventilada de todas!

Volvimos á bajar, sin que yo hubiese contestado nada al discurso del conserje.

En medio de la escalera habia una puertecilla, que daba á una galería oscura, en la cual penetramos...

El carcelero se detuvo delante de dos puertas iguales, y abrió una.

—Vamos á cruzar (exclamó) el famoso *Puente de los Suspiros*.

El *Puente de los Suspiros* es un doble pasadizo cerrado, suspendido á una grande altura sobre el Canal de la *Paglia*, y que pone en comunicacion al *Palacio Ducal* con el *Palacio de las Prisiones*.

Este *Palacio de las Prisiones*, construido á fines del siglo XVI, es una cárcel como cualquiera otra, notable solamente por su artistica fachada.

De las dos galerías que comprende el *Puente de los Suspiros*, la una daba entrada en la cárcel á los *presos ordinarios*. Por la otra comparecían ante los Inquisidores los *prisioneros de Estado*.

Cada una de aquellas galerías cubiertas tiene dos ventanas con reja de hierro y celosía de piedra, por las cuales los reos que iban del Tribunal al suplicio, ó venían de la prision al Tribunal, veían un instante la laguna, las góndolas, la ciudad, el cielo...

Dícese que entonces suspiraban, y que de aquí viene el nombre de *Puente de los Suspiros*.

Otros creen que esta denominacion procede de los gemidos que iban dando los reos al pasar por allí despues de haber sufrido el tormento en el *Palacio Ducal*.

Yo consulté sobre esto al Conserje.

El Conserje se puso hecho una furia cuando me oyó hablar de tormento.

—¡Aquí no se atormentaba á nadie! (exclamó con voz de trueno) ¡Eso lo han inventado los poetas!—Es decir... aquí no se daba tormento sino á los convictos y no confesos... ¡Ya ve usted que ellos se tenían la culpa!—¿Por qué no confesaban? Además que todos esos rigores eran para los reos políticos... Los reos ordinarios vivían perfectamente en el *Palacio de las Prisiones*.—En cuanto al nombre de *Puente de los Suspiros*, no lo inventó el pueblo, como dicen los poetas; lo inventamos nosotros, los de casa, al ver que los prisioneros suspiraban por su perdida libertad siempre que pasaban cerca de estas claraboyas.—Y la prueba de que no sus-

piraban porque les dolieran los huesos de resultas del tormento, es que el tormento se daba despues de haber pasado este puente.—Desengañese usted: ¡los poetas no han contado más que fábulas!

Yo me asomé á una de aquellas claraboyas, y gemí tambien á pesar mio, al respirar un aire más puro que el de las mazmorras y escaleras que acababa de recorrer, y al contemplar la luz, el cielo, la radiante laguna y la alborozada humanidad, que pasaba cantando por debajo de aquel altísimo puente, tan gracioso y artístico, visto desde fuera, como horrible y pavoroso, visto por dentro.

—Ahora vamos á los *Pozos*..., dijo el carcelero, sacándome de mi contemplacion.

Yo me estremecí.—¡Cuántas veces habria pronunciado aquel hombre las mismas palabras, dirigiéndose á infelices condenados que no debian volver á ver la luz del dia!

Mientras yo pensaba esto, el extraño personaje habia encendido una lámpara de aceite, fija en la punta de cierto baston negro cuya vejez causaba verdadero espanto.

—¡Esto es de *aquellos tiempos*! murmuró con bárbara complacencia.

Y me miró y sonrió con ferocidad, dejándome ver la caverna de su boca desdentada.

Entre tanto habia abierto otra puerta y me invitaba á bajar detrás de él una escalerilla húmeda y tenebrosa, en cuya bóveda, cubierta de telarañas, se reflejaba lúgubrementé el rojizo fulgor de la pestilente lámpara.

Yo me detuve un momento, no precisamente porque me dominara un terror moral, sino porque aquel camino era repugnante, físicamente incómodo, desaseado.

El carcelero, que habia bajado algunos escalones, volvió la cabeza al reparar en que yo no lo seguia.

¡Oh, cómo lo ví entonces!—¡Nunca olvidaré aquella patibularia figura!—Yo no habia visto jamás nada tan horrible como aquel anciano medio esclarecido por la turbia luz del humeante mechero, medio sepultado en la tenebrosa espiral de la escalera y tan extrañamente vestido; con aquella barba blanca, con aquel gorro negro, con aquella especie de hopa, con aquellos ojos, con aquella risa...

—Vamos adelante... ¡No tengais miedo! dijo, atizando la lámpara.

Yo lo seguí, creyendo que iba á conducirme á no sé qué Infierno de no sé qué Mitología.

Y bajamos, bajamos....

El aire era cada vez más húmedo y mefítico. La lámpara, levantada en alto, alumbraba el techo, pero no los peldaños de la escalera.—El viejo, que conocia el tiento, bajaba deprisa. Yo iba tentando con pies y manos, y me quedaba á veces atrás, solo, en medio de las tinieblas...—Entonces se paraba él y alargaba hácia mí aquel asqueroso baston, en cuya punta ardia la humeante luz, falta ya de aceite y próxima á expirar...

La idea de que iba á apagarse me hacia apresurar el paso.

Los muros que tocaba con la mano estaban frios... A veces chorreaban agua.

Los escalones, mojados y lodosos, se escapaban bajo mis pies.

Al fin hicimos alto en una oscura esplanada, baja de techo y rodeada de puertas chapadas de hierro y de rejas muy angostas.

El conserje abrió una de aquellas puertas.

Al ruido de la llave parecia natural que respondiese dentro del calabozo algun doliente gemido...

Mi imaginacion padeció como si lo oyera...

Sin embargo, en la prision no habia nadie.

—Aquí tiene usted un *pozo*, murmuró el carcelero.

Al mismo tiempo se extinguió la lámpara.

El viejo hizo un movimiento, sin duda para acabar de apagar el pábilo, y oí resonar el manojo de llaves que pendia de su cintura.

La oscuridad era completa.

Yo creí por un momento que el carcelero se iba y cerraba la puerta detrás de sí, dejándome preso...

En esto divisé cerca del techo un agujero redondo, por el cual se filtra un débil resplandor del dia.

Algunos instantes despues aquella ténue claridad hirió más vivamente mis pupilas, y hallé cerca de mí al lúgubre personaje.

—Estamos bajo la laguna (dijo tranquilamente). El nivel de las aguas se halla dos ó tres palmos debajo de aquella reja.

En comprobación de estas palabras, oí sobre mi cabeza sordos golpes de remos.

Luego pasó una sombra por delante de la ventanilla, es decir, cerca del techo, dejando durante un momento en absoluta oscuridad la fúnebre prision.

Aquella sombra que habia pasado, era una góndola.

Dentro de ella, y á la luz del sol, cruzando el aire sin fin de la hermosa libertad, irian el amor, la juventud, la dicha, el orgullo, la esperanza...

¡Oh, qué vision tan dolorosa á los ojos de un prisionero!

El carcelero seguia en tanto con su tétrico estribillo.

—¡Ya ve usted (me decia) que, á pesar de estar los *pozos* bajo el nivel del agua, los presos no tenian nada que temer de la humedad! El suelo que pisamos es de madera, y aquí tiene usted otro tablado más alto, que servia de lecho. Todavía falta en él la paja que lo cubria, á fin de que el criminal encontrase la cama blanda. ¿Qué más podia hacer la República con sus enemigos, que conspiraban á todas horas contra ella; que querian su muerte; que atentaban hasta á la vida del Dux?

Salimos del *Pozo* á la esplanada oscura que antes he descrito.

Yo tenia ya deseos de concluir, de ver el sol, de respirar el aire de la vida.

—Subamos, le dije al conserje.

—Espérese usted, me contestó abriendo otra puerta, que daba á una reducida estancia, á la cual se subia por tres ó cuatro escalones.

Aquella habitacion estaba tambien medio alumbrada por una alta claraboya.

—Aquí se verificaban las ejecuciones, añadió el implacable anciano.

Y me señalaba á una especie de nicho que habia en una pared.

—Se metia al reo en ese hueco; se le hacia sentarse de espaldas; se liaba este cordon de seda alrededor de su cuello; luégo le pasaba la punta por esta anilla; el verdugo tiraba..., y el hombre quedaba estrangulado... asi...

Dijo el viejo, y tiró del cordon...

Al mismo tiempo oí un chisporroteo como de sarmientos que ardian... ¡No sé qué triste y crugiente ruido que me erizó los cabellos!...

—¿Qué es eso que suena? pregunté, retrocediendo.

—¡Venga usted detrás de mí! continuó el conserje, quien, poseido ya de un vértigo sanguinario, no atendia á mis preguntas.

Y abrió una puerta, y despues otra.

Los chasquidos de la lumbre continuaban...

Al abrirse la segunda puerta, una vivísima claridad hirió mis ojos y me dejó ciego.

Un océano de llamas lucia ante mi vista.

Era el sol; era el agua; era el dia.

Estaba libre. Tenia los pies en el borde mismo de la laguna.

Me hallaba en la puerta del *Palacio Ducal* que da sobre el Canal de la *Paglia*, debajo del *Puente de los Snspiros*.

—Por aquí se sacaba de noche el cuerpo de los ajusticiados (prosiguió el viejo carcelero). Aquí esperaba una góndola con dos esbirros, que arrojaban el cadáver en la laguna, despues de atarle una bala de cañon á los pies, si la causa habia sido secreta, ó lo llevaban á la Iglesia de San Juan y San Pablo, donde era sepultado, si la causa habia sido pública y notoria.

Mientras el Conserje terminaba así sus explicaciones, yo reparaba en una especie de portería, situada entre las dos puertas que habíamos atravesado últimamente, y destinada á cocina por no sé qué irrisión de los tiempos.

Allí freia pescado una vieja centenaria; sin duda la mujer del Conserje.

No era otra la causa del ruido que me habia sobresaltado tanto.

Aquella habitacion, que sigue á la del suplicio, habia sido durante muchas generaciones el *Depósito de Ajusticiados*.

—*Buona salute*, me dijo el carcelero, guardándose unas monedas que le alargué.

Y cerró la puerta detrás de mí.

Yo me encontré solo, entre el Palacio y el Canal; es decir, preso otra vez ó sea cogido entre la puerta y el agua.

Dichosamente, allí hay siempre góndolas.

Llamé una; entré en ella, y pasé bajo el *Puente de los Suspiros*, cuya belleza arquitectónica (dicho sea entre paréntesis) excede á toda ponderación, y al cual ha llamado no recuerdo qué poeta: *un sarcófago colgado sobre el mar*.

Me parecía que acababa de despertar de una horrible pesadilla.

VI.

IGLESIAS Y PALACIOS.—TICIANO.—CÁNOVA.—DOS NOCHES DE TEATRO.—ESCURSION Á LAS ISLAS.—ADIOS Á VENECIA.

Venecia 18 de noviembre.

Llevo quince días en *Venecia*.—Durante ellos, he visto más de una vez toda la Ciudad, todos sus Templos, todos sus Palacios, todas sus maravillas de Pintura y Escultura, los Teatros que están abiertos, los Paseos, las Islas (que son como arrabales de la capital), las Bibliotecas, los Museos, las Academias, todo!

Al mismo tiempo me he divertido mucho; he hecho la antigua vida veneciana; he abusado de la góndola; he penetrado en el fondo de las costumbres de este singularísimo pueblo; he plagiado á lord Byron; he visto la Ciudad de San Márcos á la luz de los dos crepúsculos, en las sombras de la noche, despierta y dormida, solo y acompañado.

Hoy hace frío. La Laguna está muy alborotada. El tiempo amenaza lluvia...—Decididamente, me marcho de *Venecia*.

Mucho me duele separarme de la ciudad de mis sueños... ¡y tal vez para siempre!—Pero, ¿qué he de hacer?—Me he quedado solo: Sir Arturo partió hace tres días para Grecia, y el prusiano se marchó también anoche. Además: yo no había de permanecer aquí toda la vida... Partiré, pues, cumpliendo con mi destino de caminante, que es amar las cosas y perderlas.

Para consolarme, pienso en *Florenzia*, en la ciudad de las flores y las artes, donde estaré dentro de cuatro ó seis días; en *Pisa*, donde el invierno es tan dulce; en *Sienna* la monumental, que me abrirá el camino de *Roma*...—¡Oh! sí..., partamos.

Pero no lo haré ciertamente sin ordenar antes mis recuerdos y compaginar mis apuntes acerca de las cosas más notables que he visto estos días en *Venecia*.

Empecemos por los Templos.

A la caída de la República, es decir, hace sesenta y tantos años, encerraba esta ciudad más de doscientas Iglesias abiertas al culto. Hoy no pasan de sesenta. Las restantes fueron destruidas ó destinadas á usos pro-

fanos durante la dominacion de los franceses.—Afortunadamente, se respetaron las más hermosas y se acumularon en ellas todas las obras de arte que encerraban las demás. Así es que las Iglesias actuales de *Venecia*, edificadas por arquitectos tan ilustres como *Sansovino*, *Palladio*, *Massari*, *Sammicheli*, etc., llenas de cuadros de *Ticiano*, *Tintoretto*, *Pablo el Veronés*, los dos hermanos *Bellini* (uno de ellos maestro de Ticiano y de Giorgione), los dos *Palmas*, (el *Jóven* y el *Viejo*,) y otros célebres artistas, y adornadas de bronce y estatuas de *Vittoria*, *Tulio Lombardo*, *Antonio Dentone*, *Leopardi*, *Graviglia* y otros maestros de la misma fama, son verdaderos museos en que las cuatro artes del dibujo compiten en prodigios de belleza.

Dicho se está que mi primera visita fue á la *Basilica de San Márcos*, hoy Metropolitana de la ciudad.

Ya la he descrito por fuera, si bien muy ligeramente. Ahora, para formar una idea completa de su magnífica fachada, habreis de imaginaros (¡oh futuros lectores de estos apuntes!) un inmenso retablo medio árabe, medio gótico, en cuyas líneas generales, así como en la ornamentacion, se ven confundidos el génio místico y sombrío del Norte y la risueña y voluptuosa inspiracion del Oriente. Figuraos una armónica combinacion de la más austera capilla de la Catedral de Toledo y de la más riente y graciosa estancia de la Alhambra; ved vacilar el arco entre la herradura y la ojiva; considerad reunidas la cúpula y el alminar; encerrad el mosaico bizantino bajo la cimbra aplanada de un arco oriental bordado de arabescos; representaos la severidad gótica, vestida de lujo por los más ricos y variados mármoles; dadle color á la arquitectura; confundidla con la pintura, como hacen siempre los artistas mahometanos; mezclad el oro, los colores y la piedra, como están mezclados en la *Sala de los Abencerrages* de Granada; pero, en vez de producir con esas dos artes amalgamadas unas labores geométricas ó unas piadosas inscripciones, dibujad y pintad Vírgenes y Santos, y sabreis lo que es en *Venecia* el arte bizantino; lo que son las dos Iglesias, la de Oriente y la de Occidente, cuando inspiran un solo monumento; lo que es, en fin, la fachada de *San Márcos*.

Este mismo espíritu, que parece engendrado por dos crepúsculos; que es hijo de la lucha de una barbarie civilizada con una civilizacion bárbara; que simboliza el instante en que el Oriente y el Occidente se disputaban la dominacion de Europa; que refleja de un modo maravilloso los siglos de las Cruzadas, y bastaria para probar, si la historia no lo demostrara, que al principio de la Edad Media el Cristianismo fué á buscar cultura á los mares de Levante; este mismo espíritu, vuelvo á decir, domina en el interior de la *Basilica*, siendo más patente y manifiesto á medida que se estudian su forma general y los adornos que lo decoran.

Yo no puedo detenerme en este exámen, que me llevaria demasiado lejos. Os haré sentir solamente la dulce oscuridad, la venerable senectud y la majestuosa riqueza que engrandecen aquel templo. Gruesísimos pilares y arcos enormes forman austeras naves y misteriosas cúpulas, re-

vestidas de oro é incrustadas de mosaicos, que representan la historia de la Virgen y la de San Márcos, San Teodoro y otros Santos amigos de la República de los Dux. En torno de la Iglesia, y á media altura de sus bóvedas, gira un balcon ó galería que recuerda el *gynceco* de los templos cristianos de Constantinopla. Toda la Basílica ostenta una asombrosa profusion de los más ricos mármoles orientales; por donde quiera se ven columnas de pórfido, de serpentina y de verde-antiguo; en todas partes abundan las estátuas, los dorados, los bronceos, la plata, la pedrería...; y, sin embargo, *San Márcos* no es un templo alegre, profano, gentil, como las Iglesias lujosas que ví en Milan. *San Márcos* es austero, solemne, místico, á la manera de las viejas tablas alemanas, ó como un cuadro de Cimabue,—y traslada la imaginacion á los primitivos tiempos de la Iglesia, á los siglos de los Santos y de los Expositores, á la cuna del Cristianismo, al ya difunto Oriente.

¡Ah! de no ser góticos, que sean bizantinos los templos del Crucificado!—En el sagrado limbo de estas melancólicas tinieblas, goza el alma con la lejanía del mundo. La Religion de los tristes no ha necesidad del jubiloso y triunfante aparato de las Iglesias del Renacimiento. Para llorar las miserias de la vida basta un rincon oscuro, lleno de testimonios de la fe de nuestros padres, cargado de años y merecimientos, palpitante de autenticidad histórica.

Y á propósito: Más de quinientas columnas de las que adornan la *Basílica de San Márcos* son turcas y griegas, conquistadas por los Dux.—Chateaubriand ha dicho que Venecia entera es un trofeo.

Por lo demás, *San Márcos* fue erigida hace cerca de mil años, bien que sólo sea Catedral desde la caída de la República.—Antes lo era la Iglesia de *San Pietro di Castello*.

Conque descendamos á pormenores.—Entre las cosas que más me han llamado la atencion en la Basílica, citaré las *Tumbas* de los Dux Bartolomeo Gradenigo, M. Morosini y Vitale Faliero, que se hallan en el peristilo; las tres *Puertas* principales del templo, maravillosamente taraceadas de plata, el *Sepulcro* de Andrea Dandolo, desgraciado general, sí eminentemente literato; y la *Pila* del agua bendita, sostenida por un preciosísimo altar de la antigua Grecia.

Tambien debo mencionar, aunque sólo sea por la originalidad de la advocacion, la *Capilla de Nuestra Señora de los Machos* (la *Madonna de Mascoli*), llamada así porque las mujeres estaban excluidas de la cofradía que la erigió, y hasta creo que de rendir culto á aquella imágen de María.—(Esto es islamita puro, y trasciende á Constantinopla tanto como los ajimeces que suplen por ventanas ojivales en las torres de la fachada).

Sin embargo, en esta capilla se venera tambien el *Arbol genealógico de la Virgen*.—¡Qué mejor vindicacion de la mujer!

El *Tesoro* de San Márcos, famoso en otro tiempo por sus fabulosas riquezas, ha sido saqueado hasta el punto de no quedar ya en él sino una joya, y esa de mérito disputable.—Tal es un ánfora de granito en que se

lee una inscripción grabada con caracteres caldeos cuneiformes, que dicen que dice: ARTAGERGES, GRAN REY.

Pero la gran preciosidad de la Basílica es indudablemente el *Altar Mayor*.—Consiste éste en un tabernáculo de verde-antiguo, sustentado por antiquísimas columnas de mármol griego, en las cuales está primorosamente esculpida la historia del Redentor.

Finalmente: Adorna este altar un *icono*, pintado al óleo sobre madera, dividido en catorce partes y del mejor gusto griego. Es obra del maestro Paolo y de sus dos hijos, y una de las pinturas más antiguas de Venecia. Debajo de este *icono* hay otro, que sólo se descubre los días festivos, construido en el siglo X en Constantinopla, por encargo de la Señoría. Llámase la *Pala de oro*, y consiste en una lámina de este metal, pintada con esmalte de colores y adornada de perlas, camafeos y piedras preciosas. El dibujo es bizantino, y se le considera como una de las obras más acabadas de aquella civilización.

Después de *San Marcos*, la Iglesia que más me ha impresionado ha sido *San Juan y San Pablo*, de la que ya nos habló el carcelero del Palacio Ducal.

A la puerta de aquel Templo, en medio de una plaza irregular, levántase la hermosa estatua ecuestre de *Colleoni*, célebre General de la República.

Yo no sé quién es más famoso en Venecia: si este general ó su estatua.—Tal vez lo sea la estatua.—En todo caso, esto sería justo, pues el grande hombre tuvo la debilidad de acordarse á sí mismo el honor de la apoteosis, destinando en su testamento una crecida suma á la erección de su estatua ecuestre.

La Iglesia de *San Juan y San Pablo* (SS. *Giovanni é Paolo*: *San Zanipolo*, en dialecto veneciano) es el Panteon histórico de Venecia.—Allí, bajo altas ojivas góticas, á la misteriosa luz de preciosos vidrios de colores y entre magistrales pinturas de *Ticiano* y *Tintoretto*, duermen en suntuosos *Mausoleos* diez y seis Dux de los más renombrados; entre ellos Morosini, Loredano, el heróico y sin fortuna Marco Antonio Bragadino, Malipieri, tres Mocenigo... Allí descansan los restos de innumerables guerreros, artistas y prelados; el almirante Canal, Palma el jóven, el general Giustiniani, en cuyo palacio vivo hoy yo por el dinero, y otros muchos varones ilustres, que fuera prolijo nombrar.

Pero la verdadera maravilla de esta Iglesia es la *Muerte de San Pedro Mártir*, celebrado cuadro de Ticiano, considerado como una de sus más grandes obras.

Este lienzo (y ya os diré por qué es *lienzo*) representa un bosque, que por sí solo es un prodigio, y que bastaría para dar celebridad á Ticiano como eminente paisajista. San Pedro, dominico lombardo, que vuelve de un Concilio, acompañado de otro fraile, ha sido sorprendido por unos bandidos. En primer término sólo hay tres figuras: San Pedro caído en

tierra; un bandido, que lo retiene, pisándole los hábitos, y se dispone á herirle por segunda vez, y el otro monje, que huye. La viveza dramática, el fuego del dibujo, y sobre todo, el rico y valiente color de esta escena exceden á toda ponderacion. Allí arriba, entre los árboles, se ven dos ángeles que acuden con la palma del martirio á premiar al Bienaventurado. Este no mira al asesino feroz que lo pisotea y le va á herir, sino que tiene los ojos clavados en aquella vision de gloria, como refiriendo su muerte á Aquel que murió por todos los hombres. El otro dominico (naturaleza más vulgar), aunque visiblemente compadecido de la suerte de San Pedro, apela á la fuga, no sintiéndose con valor para ser mártir. El lugar de la catástrofe, admirablemente pintado, la energía de las figuras, los efectos de la luz entre los árboles, todo contribuye á dar á este cuadro un interés, una vida, un movimiento, de que carecen por lo general las obras religiosas del pintor de las *Vénus*.

Dícese que el Senado (que ya habia nombrado á Ticiano primer pintor de la República) se entusiasmó tanto al ver el *Martirio de San Pedro*, que prohibió, *bajo pena de muerte*, el que saliese nunca de Venecia. Pero Napoleon I, el gran derogador de toda ley antigua, desatendió tambien este decreto y se llevó el cuadro á París.—La Academia de Bellas Artes lo sometió allí á una arriesgada operacion, que lejos de haberle perjudicado, le ha favorecido y prolongará muchos siglos su existencia. Tal fue la de desprender la pintura (¡los colores!) de la tabla en que la colocó Ticiano, y fijarla sobre un lienzo, sin alterar en nada el aspecto de tan peregrina obra. Por último: cuando en 1815 volvieron tantas cosas á su antiguo ser, el *Martirio de San Pedro* volvió tambien á Venecia.

Pero fuera cuento de nunca acabar si yo hubiese de describiros todos los portentos de arte que guardan los Templos de Venecia. Sólo *Santa Maria della Salute* (que, como os he dicho, se alza enfrente de mis balcones) encierra diez ó doce obras de Ticiano, algunas de primer orden; y en *San Rocco*, Iglesia no muy notable, hay más de cincuenta pinturas de *Tintoretto*, de las que citaré únicamente la *Piscina probática*, llena de inspiracion y rica de colorido.

En *San Sebastiano* he visto el *Sepulcro de Pablo el Veronés*.—El *Mausoleo* del insigne autor de las *Bodas de Canaan* y del *Rapto de Europa*, consiste en una sencilla lápida. En cambio, se ven cerca de su sepulcro tres lienzos suyos, y suyos son tambien las pinturas del techo de la Iglesia. ¡Qué mejor monumento para un artista!...

Más dichoso Ticiano, tiene un magnífico Mausoleo en la iglesia de *I Frari*.—Allí descansa entre héroes el amigo de Carlos V y de Ariosto, el pintor de la *Asuncion* y de *Danae*, el cortesano de Lucrezia Borgia y de la princesa de Eboli, y allí lo acompaña tambien una obra suya, pálido vislumbre de su genio.

El *Sepulcro de Ticiano*, de mármol oscuro con estatuas blancas, ha sido construido en estos últimos años. Su epitafio dice: TITIANO, FERDI-



NANDUS I.—¡Qué me place este tributo de admiración rendido por el dominador extranjero á las glorias italianas! —En el mausoleo están esculpidos en bajo-relieve los principales cuadros religiosos del inmortal artista: *La Asunción, el Martirio de San Pedro, San Lorenzo, la Visita de Santa Isabel y el Entierro de Cristo*.

Ticiano pintaba este último cuadro á los noventa y nueve años de edad, cuando le atacó la peste que reinaba entonces en Venecia (1576). El gran pintor cayó al suelo y empezó á agonizar. En aquel instante entraron unos ladrones en el taller, y sin respetar el estado en que encontraban al ilustre anciano, se llevaron todos los objetos que le eran queridos y lo dejaron en las garras de la muerte. Expiró, pues, solo y abandonado, como su *San Pedro Mártir*, en frente del fúnebre lienzo en que había representado el entierro del Hombre-Dios, y cuando sus discípulos entraron en el taller, situado por cierto en el Palacio Barbarigo, *Ticiano*, que era ya cadáver, conservaba aún el pincel entre sus crispados dedos.

El Senado de Venecia, á pesar de que acababa de mandar que se destruyeran los cadáveres de los apestados, hizo una excepcion en favor del egregio artista, y mandó que fuese enterrado con gran pompa en el lugar donde hoy se halla.—El fúnebre cortejo recorrió en góndolas los canales, entre las lágrimas de la aterrada muchedumbre, horriblemente mermada por la epidemia, y más de un pintor dibujó aquel día tan luctuosa ceremonia, objeto despues de muchos célebres cuadros.

En cuanto al *Entierro de Cristo* fue terminado por Palma el jóven.

No lejos del *Sepulcro de Ticiano* se encuentra el del infortunado *Francisco Foscari*, á quien todos hemos visto más de una vez morir en escena al oír la campana de San Márcos que anuncia la proclamacion de su sucesor.

*Questa e dunque la inícuá mercede
Che servasti al canulo guerriero...*

dicen los versos de la ópera de Verdi.

—«La campana de *San Márcos* toca por la eleccion de Malipieri,» dice el Jefe del *Consejo de los Diez* en la tragedia de lord Byron.

—«Reconozco su sonido.....—contesta del Dux.—Lo he oido otra vez en mi vida... ¡Una vez solamente! De esto hace treinta y cinco años... cuando tampoco era yo jóven!!»

En esta misma iglesia de *I Frari* se ve otro suntuoso *Mausoleo*, que encierra el corazon del último grande hombre del Veneciado.—Es el monumento de *Canova*.

Canova es el último escultor; el único heredero de Miguel Angel; el postrimer suspiro del genio griego.—*Canova*, Napoleon, lord Byron y Bellini son los cuatro hombres fabulosos, las cuatro figuras clásicas, los cuatro semidioses que presidieron á la entrada del más grande de los siglos. Los cuatro brillaron juntos, como una constelacion de gloria, y se apagaron casi al mismo tiempo.—Napoleon murió en 1821. *Canova*, en 1822,

Lord Byron, en 1824. Bellini en 1834.—Los cuatro pasaron por *Venecia*, y se repartieron los aplausos de la pobre Italia.—*Canova* labró los bustos del moderno César. Lord Byron cantó sus triunfos y lloró su muerte. Bellini cubrió de flores su sepulcro. Son cuatro genios hermanos que resumen la poesía del siglo XIX.

El *Sepulcro de Canova* fue dibujado por él mismo para que guardara las cenizas de Ticiano.—Representa al Genio de la Patria apagando su antorcha, mientras que el Leon de San Márcos gime desesperado á sus plantas. Razon hubo, pues, para destinarlo al autor de *Hebe*, de *Venus triunfante* y de *Magdalena penitente*, último sacerdote del númen artístico de *Venecia*.

En *Venecia* quedan aún algunas esculturas de *Canova*. En el *Palacio Treves* se conservan con veneracion y se enseñan al público dos estatuas colosales de *Hector* y *Ajax*.—En el *Palacio Barbarigo*, y precisamente en el mismo aposento en que murió Ticiano, he admirado su grupo de *Dédalo é Icaro*. En el *Palacio Ducal* ví la estatua de *San Jorge*, una de sus primeras obras. En el *Arsenal*, lleva su nombre el Monumento del Almirante *Emo*, adornado de preciosos bajo-relieves, y en la *Academia de Bellas Artes* me han enseñado el modelo original de su grupo *Hércules y Lycas*.

En Génova, Florencia y Roma veremos sus verdaderas obras maestras, que tan populares han hecho los vaciados en yeso y el grabado.

Los *Palacios* de Venecia, sobre todo los situados en el *Canal Grande*, no ceden en mérito artístico á los Templos que acabamos de mencionar.

La mayor parte de aquellos, y ciertamente los más grandiosos, son de estilo ojival, entre gótico y morisco; *veneciano*, en fin.

El *Palacio Foscari* y el de *Cavalli* recuerdan el *Palacio Ducal*, que ya hemos descrito.

El *Palacio Foscari*, especialmente, situado en la vuelta ó recodo del dicho Canal, donde se copia todo entero en el agua, es tan proporcionado y aéreo, tan histórico y melodramático, que con dificultad habrá en el mundo un edificio más interesante.

Pero ¿qué digo? ¡Toda la doble serie de *Palacios* del Canal Grande, parece una calle de tumbas, como la Via Apia de Roma!—Los nombres de aquellas régias moradas forman la cronología de los Dux de *Venecia*, desde Anafasto hasta Luis Marini; esto es, desde 697 hasta 1797: ¡la historia de 1,100 años!

Por lo demás, aquellos suntuosos alcázares son hoy propiedad de avaras bailarinas, albergue de viles cortesanos, oficinas del opresor extranjero, cuarteles, posadas públicas, ó asilo de príncipes desterrados...

¡Todas las profanaciones fueran como la del *Palacio Mocenigo*, donde lord Byron escribió el *Don Juan*, *Marino Faliero*, *Los dos Foscari* y otras obras inmortales!

Digamos algo acerca de la *Academia de Bellas-Artes* de Venecia, que encierra unos setecientos Cuadros, notabilísimos en su mayor parte, y casi todos firmados por los más ilustres artistas nacidos en la ciudad de San Márcos.

Entre las obras capitales que allí se admiran, cuéntase la famosa *Asuncion* de Ticiano, verdadera joya de la escuela veneciana, con la cual se dió á conocer al mundo el discípulo de Bellini, eclipsando la gloria de su maestro y la de todos los pintores de aquella privilegiada edad.

L' Assunta (como se la llama en Venecia) es un prodigio de arte, así por la composicion y el colorido, como por el dibujo y la expresion de casi todas las figuras. El lienzo mide siete metros de alto por tres de anchura. La accion se compone de tres episodios, magistralmente combinados. En la parte inferior del cuadro se ven once Apóstoles, que en diferentes actitudes,—ora de éxtasis, ora de pesar, ora de adoracion, ora de asombro,—miran á la Madre de Jesus, que se remonta por los aires. En medio del lienzo está la Virgen, de pié sobre una nube, con las piernas púdicamente cruzadas bajo la túnica revuelta, con los ojos y las manos levantadas al cielo, y rodeada y bendecida por un coro de Angeles. En la parte superior se ve, al Padre Eterno, que abre los brazos para recibir á su predilecta Hija.—Los criticos hallan en esta obra demasiada belleza humana, afectos terrestres, no sé qué profano sabor á naturaleza mortal.—Es muy cierto: entre los Angeles que cercan á la Virgen, si bien hay algunos que Murillo adoptaria, por el ingénuo y santo júbilo con que la aclaman su Reina, hay otros que parecen *Amores*, ó por mejor decir, *Cupidos*, y que revelan el verdadero genio de Ticiano, más mitológico que religioso. La misma Virgen es demasiado mujer.—Pero, aún así y todo, este cuadro merece su universal renombre, si no como obra de devocion, como obra de arte; y su vigorosa entonacion, su intenso colorido, sus masas de luz y de sombra, el relieve y viveza de los grupos de figuras y la suprema beldad de aquella nobilísima Matrona suspendida en el espacio, bastan á ufanar el humano ingenio, capaz de crear tales maravillas con un puñado de tierra deleznable.

Después de la *Assuncion*, los cuadros que más entusiasman al que visita la *Academia*, son la *Presentacion de la Virgen en el Templo*, del mismo Ticiano, obra también muy importante y precioso modelo como color;—*Un pescador presentando al Dux el anillo ducal, encontrado en el vientre de un pescado*, de Paris Bordone, pintor que yo no conocia, pero á quien esta obra coloca seguramente entre los colosos del arte;—y la famosa *Cena en casa de Levi*, de Pablo el Veronés, grandiosa pintura perteneciente á ese género propio de los grandes tapices, que pudiera denominarse *mural*; género que necesita para cada cuadro todo un pueblo y que prefiere los fondos de arquitectura á los de paisaje.

Las firmas que más abundan en los *setecientos cuadros restantes* son las de Ticiano, Pablo el Veronés, Tintoretto, Bellin, los dos Palmas, Caravaggio, Bassano, Van-Ostade, Pordenone y Victor Carpaccio, siendo

innumerables las buenas pinturas que se admiran allí, suscritas por nombres desconocidos en toda Europa.

Tambien se ven en la *Academia* muchos dibujos originales de Leonardo de Vinci, Miguel Angel y Rafael, entre los que se encuentran los bosquejos de casi todas sus grandes obras.—¡Imaginaos el placer y el entusiasmo con que se contemplarán aquellos primeros gérmenes de tantas maravillas de arte!

No produce la misma emocion, sino otra muy dolorosa, por no decir repugnante, el ver bajo un fanal la mano derecha de *Canova*, negada á la madre tierra por el cruel sentimentalismo de un sacrilego entusiasmo.—Siempre se ha dicho que de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso... Pues bien: ménos distancia media algunas veces entre la ternura y la ferocidad.

Conque acabemos, y resolvámonos á abandonar á *Venecia*.

Para ello dejaré de contaros mi visita á la *Galeria Manfrini*, donde vi dos magníficos retratos pintados por Ticiano, el uno de su madre y el otro de su amigo Ariosto.

Tambien pasaré por alto la descripcion minuciosa del *Arsenal*, que pasa como uno de los primeros del mundo.

En él se ven á un tiempo las Armas y las Banderas conquistadas por la extinguida República, y el inmenso poder material con que el Austria pesa hoy sobre *Venecia*.—¡Penosísimo contraste!

Allí he contemplado tambien un diminuto fac-simile del *Bucentauro*, del simbólico bajel de la ilustre Señoría.—Los venecianos quemaron el original cuando los franceses los *libertaron* del gobierno tiránico de los Dux...—Temerario auto de fé, que puede considerarse como un suicidio

Una palabra no más acerca del famoso *Mapa-mundi* de Fra-Mauro, que se conserva en el Palacio de los Dux.—Este *Mapa* lleva una fecha anterior al descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza (1460), y, sin embargo, da una idea muy aproximada de todo el litoral de Africa, completamente desconocido para los navegantes de aquel tiempo, y hasta parece adivinar la existencia del Continente americano.—Yo recuerdo haber leído, creo que en César Cantú, que el célebre Toscanelli mostró este Mapa á su jóven discípulo Cristóbal Colon, asegurándole que así comprendía él la forma de la Tierra.—Por consiguiente, el tal documento es un verdadero prodigio.

Mis paseos bajo los árboles del *Jardin público*, donde he visto jugar á los futuros ciudadanos de *Venecia*, acaso destinados á ser libres, presos hoy bajo la vigilancia de niñeras y criados; mi expedicion á la *Isla de San Cristóbal*, sólo habitada por cadáveres, pues ella constituye el *Cementerio* de la ciudad; el dia inolvidable que pasé con H. de V. y con sir Arturo en la *Isla de Murano*, donde están las famosas *Fábricas de espejos* y de otras obras de cristalería en que *Venecia* no tiene rival hace muchos siglos; nuestras correrías por la *Riva d' Schiavoni*, acompañados del fantasma

de lord Byron; nuestras cenas en la *Isla de la Giudecca* (Judería); nuestras excursiones en góndola alrededor de la ciudad; nuestras horas de acecho para ver á las elegantes venecianas salir de sus góndolas y entrar en misa; las canciones de *Gaetano*, el hijo de mi gondolero, á media noche, en mitad del *Canal Grande...*; la salida del sol por el mar, que nos dejaba entrever un momento las lejanas costas de la Istria; las tardes en que lo veíamos ponerse hácia los Estados Romanos, y decíamos: «todavía lo verán en España durante hora y media...»; todas estas cosas pudieran ser objeto de otros tantos capítulos acerca de la vida veneciana; pero yo me contento con mencionarlas aquí, por vía de índice, á fin de que mañana me sirvan para coordinar mis plácidos recuerdos.

A todo esto no os he dicho nada de los Teatros de *Venecia*.

Verdaderamente, poco tengo que decir.

El *Teatro de la Fenice*, donde se han estrenado tantas óperas magistrales, y uno de los primeros del mundo, segun la fama, se halla cerrado hace tiempo por orden del gobierno austriaco, á consecuencia de las *manifestaciones* ó tumultos que allí ocurrían frecuentemente.

Ved qué tumultos eran estos.

Todos los grandes músicos de Italia han sido y son republicanos; lo mismo Bellini que Donizetti; así Verdi como Rossini: por consiguiente, los argumentos que han elegido para casi todas sus óperas respiran libertad é independencia.—Ahora bien, los Druidas de *Norma*, clamando contra la dominación romana; los Suizos, alzándose contra el Austria en *Guillermo Tell*; los *Puritanos*, gritando libertad y patria; los *Mártires*, caminando gozosos al suplicio con tal de no renegar; el pueblo hebreo, gimiendo bajo los Faraones en el *Moisés*; Babilonia, escandalizada por *Nabuco*; los amigos de *Beatrice di Tenda*, pugnando contra la tiranía de Visconti, y otros tantos casos análogos como abundan en las obras de aquellos maestros, eran estrepitosamente aplaudidos por el público veneciano, que aprovechaba la ocasión para cantar desde palcos y butacas, y á coro con los artistas, mágicas frases de ardiente patriotismo, que los gobernadores austriacos no podían sufrir con paciencia,—tanto más cuanto que en todas esas óperas *lo straniero* acababa siempre por ser degollado...

El teatro de la *Fenice* fue, pues, cerrado indefinidamente.

El de *San Benedetto*, en que se acostumbra á representar comedias italianas, no se abrirá este año hasta fin de diciembre.

Me he contentado, pues, con asistir una noche al teatro *Apollo*, y otra al teatro *Malibran*.

En el teatro *Apollo*, grande y pobre, incómodo y baratísimo, se representaba la tragedia de Alfieri: *Orestes*.

Entre la orquesta y las butacas habia dos centinelas austriacos, con la bayoneta calada, encargados de mantener el orden.

La compañía era detestable, y sin embargo, representaba con un fu-

ror y un énfasis, con una suficiencia y una magestad, que me hicieron pasar una noche muy divertida.

La concurrencia, que pasaria de mil personas (y por cierto de mediana condicion), aplaudia á rabiarse los gritos desaforados de aquellos histriones.

Los italianos aplauden facilísimamente.

En el teatro *Malibran*, más pobre todavía, más grande y más barato (un palco entresuelo y tres entradas nos costaron 10 reales), vimos un *vaudeville* melo-dramático; ó por mejor decir, no lo vimos; pues el aburrimiento nos hizo desertar á los pocos minutos.

Resignado estoy ya á no ver en los teatros de Italia nada digno de atención, hasta la Pascua de Navidad, en que, como os he dicho, principia el *Carnavalone*.

Tal es el pálido resumen de mis impresiones en la Ciudad más interesante del universo.—Mucho dudo haber conseguido que mis lectores se imaginen vagamente los cuadros que he descrito, ni que se figuren los que apenas he bosquejado.

Sin embargo, habrán comprendido, por el afán con que me he empeñado en explicarles á *Venecia* punto por punto, que la llamada con justicia *Reina del Adriático* es una maravilla de arte; que su hermosura ha superado los ensueños de mi imaginacion, y que su poética memoria me acompañará toda la vida.

Yo le doy un adios tanto más melancólico, cuanto que adivino que no volveré á verla, y hago votos al cielo porque pronto sacuda los hierros de la esclavitud.

Ese dia llegará tarde ó temprano.—La dominacion de una raza sobre otra será siempre pasajera. Sólo los pueblos hermanos pueden conquistarse y fundirse. El alemán será eternamente extranjero al Mediodía de los Alpes. En cuarenta y cinco años de dominacion, el Austria ha ensayado todos los medios de asimilarse el Veneciado, de captarse la voluntad de sus hijos, de echar raices en su suelo. Y el halago, la adulacion, el beneficio, el ruego, la amenaza, el castigo, el terror, la muerte... todo ha sido inútil. Los tudescos son hoy en *Venecia* lo que eran el primer dia. La sangre repele á la sangre. La tierra se niega á fecundar la semilla de abominacion. Todo lo que el Austria implanta en *Venecia*, caduca y muere falto de jugo, falto de aire, falto de sol amigo.—Son el agua y el aceite: podrán estar cercanos el uno al otro; pero nunca confundidos, nunca identificados.

Y esto mismo se ve en otras muchas partes. Esto se ve en Polonia: esto se ve en Turquía.—Polonia, despedazada por tres grandes potencias, de las que cada una se atribuyó y devoró su parte; borrada del mapa de Europa; muerta y sepultada al decir de los políticos, da muestras hoy de estar viva, entera, animada, poseida de su derecho, como ántes de sucumbir.—Las gentes que moran entre la Grecia y el Danubio, avasalladas

hace cuatrocientos años por una raza asiática, mueven sus hombros al cabo de los siglos, y el poder otomano se hunde, y el imperio cristiano de Oriente resucita.—*Los turcos*, se dijo hace mucho tiempo, *no están mas que acampados en Europa*.

Tal será siempre el porvenir de toda dominacion exótica: tal será el porvenir de *Venecia*.—Los hombres suelen atentar á la obra de Dios, torciendo el curso de los rios y fundando ciudades en el álveo seco de la antigua corriente; pero llega un día en que el agua rompe los diques y reparos, y busca su antiguo lecho, en el cual deja sepultados á los impíos.

Sin embargo (ved si los poetas somos crueles), yo me alegro (en cuanto poeta, se entiende) de haber visitado á *Venecia* en su época de tribulacion. De no haberla visto cuando era poderosa República independiente, señora de extensos mares y apartadas tierras, con sus Dux y su Senado, con sus navegantes y sus guerreros, con sus fiestas tradicionales, con sus terrores y sus alegrías, de ningun modo la hubiera encontrado más interesante que con sus tocas de duelo, llorando en las ruinas de su glorioso pasado, misteriosa y callada, solitaria y digna, sin que el estruendo de nuestra prosáica civilizacion turbe el magestuoso sueño de sus patricios; sin que los gritos de la Bolsa espanten á las palomas, hijas adoptivas de la Ciudad; sin que los modernos Midas, enriquecidos en el agio, se posesionen ufanos de los palacios de los Dux; sin que cruce sus lagunas la góndola del hombre de negocios... capaz de establecer una Sociedad Anónima para cegar los canales y sustituirlos con calles á la parisien.

Yo me imagino á *Venecia* libre y convertida en provincia del Reino de Italia. Yo, repito, le pido á Dios qué esto suceda pronto. Pero entonces, ¡adios, poesía!—La milicia nacional recorrerá las calles cantando himnos como en Milan; un Prefecto cualquiera profanará el pavoroso misterio del Palacio de los Dux; la seguridad personal acabará con el dramático miedo de las noches venecianas; la libertad le perderá el respeto á todo; la riqueza comprará á peso de oro la historia; el trabajo estirpará la melancolía; el movimiento industrial traerá gentes de otras comarcas de Italia, y desaparecen los tipos, los trajes y el dialecto de *Venecia*...—¡Esto será horrible para los poetas y los artistas!

En resumen de mi teoría abominable: á *Venecia* le sientan muy bien las cadenas.

No diria más un *realista* español del tiempo de Fernando VII.

VII.

UN DIA EN PÁDUA.—SAN ANTONIO.—LA FRONTERA PONTIFICIA.

El 17 de noviembre de 1860, á las nueve de la mañana, atravesé por última vez el *Canal Grande de Venecia* desde un extremo á otro, en la

góndola de *Beppo*, del viejo *Beppo*, que hasta fingió llorar al tiempo de dejarme.

En la proa iba mi saco de noche.—A popa iba yo con mi tristeza de peregrino...

Llegué al fin á la Estacion del camino de hierro, á la cual no habia vuelto desde aquella poética noche en que ví surgir ante mis ojos á la reina de las olas, esclarecida por la naciente luna...—¡Qué diferencia entre ambos momentos!—¡Entonces deseaba ver lo que ya abandonaba! ¡Ya temia olvidar lo que codiciaba entonces!

«¡Ah! ¡Venecia! ¡Venecia! ¡Tú seguirás viviendo lejos de mí, tan bella como yo te he visto!—Tú te quedas ahí, en el Oriente; y yo he emprendido ya mi vuelta hácia el Ocaso.—Y llegaré á él...; llegaré tambien al ocaso de mis dias...; moriré como tantos otros que admiraron y cantaron tu hermosura, y tú seguirás recibiendo los besos de las olas, las miradas del sol y las caricias del astro de la noche!—¡Adios, adios, adorada *Venecia!*»...

Estas y otras cosas pensaba yo, cuando la Policía me hubo dejado salir de *Venecia*, despues de someterme á nuevas inquisiciones, y en tanto que la locomotora nos arrastraba sobre las aguas por aquel maravilloso Istmo que me recordaba en cierto modo el camino de *Puerta de Tierra* que une á Cádiz con la Península Española...

Hora y media despues, el tren hizo alto, y volví á oír gritar, como quince dias antes:

—¡*Pádua!* ¡*Pádua!* (*¡Padova!* ¡*Padova!*)

Y, como entonces, ví á lo lejos unas grandes cúpulas, que salian de un suave barranco.

—Hé aquí mi camino... murmuré, echando pié á tierra, algo consolado de mi alliccion.

Y mientras el tren seguia en marcha hácia Verona, yo subí á un ómnibus con dos ó tres viajeros más; crugió el látigo del automedonte; galoparon los caballos; envolviéonos una nube de polvo, y en menos de cinco minutos nos encontramos en la Ciudad.

Pádua está rodeada de muros, y tiene siete Puertas.

Nosotros entramos por la *Puerta Codalunga*.

Las calles que recorrimos para ir al *Hotel della Stella d'Oro*, en donde paraba el ómnibus y donde yo me instalé, eran las principales de la ciudad, y sin embargo, no brillaban por su alineacion, por su alegría ni por su buen empedrado. En muchas de ellas ví pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas, antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos, habia bastantes Palacios en estado de decrepitud.

Leo en un libro que *Pádua* contiene 45,000 almas.—Yo no me lo hubiera imaginado al entrar en ella. Tales eran el silencio y la soledad que reinaban por todas partes.

Sólo en las Plazas encontré alguna animacion, y esa era debida á los soldados austriacos que iban y venian, cargados de sacos de harina y de cajones de pólvora.

El sol estaba nublado desde una hora despues de mi salida de Venecia, y el dia se habia vuelto muy frio, á pesar de que *Pádua* se halla solamente á 33 metros sobre el nivel del mar.—Los paduanos, embozados en sendas capas, iguales á las de nuestro país, vagaban téticamente bajo los Pórticos.

Todo esto contribuia á presentarme á *Pádua* bajo un aspecto sombrío, lúgubre, melancólico, que simpatizaba con mi tristeza de amante separado de su querida....—¡Venecia seguia reinando en mi imaginacion!

De esta manera llegué al Hotel, donde permanecí una hora, sin resolverme á tomar ningun partido.

Al cabo de este tiempo comprendí que debia sacudir el marasmo que me dominaba, y á fin de conseguirlo, me eché á la calle, ó por mejor decir, á la Plaza en que se levantaba mi albergue.

A la puerta habia una especie de calesa desvencijada, en cuyo pescante costóme trabajo descubrir á un muchacho de catorce ó quince años, jorobado como una *etcétera*, de lo más jorobado que nunca he visto, jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le adornaba el comienzo de las piernas...

Y lo más extraño de todo, es que aquel jóven parecia el ser más alegre y más feliz del mundo.—Riendo y bromeando, ofrecióme *il suo legno* (su coche), no sin añadir que tenia toda la ciudad en la palma de la mano y que me llevaria á la iglesia del SANTO, á ver los frescos de *Giotto*, al *Prato della Valle*, al *Café Pedrocchi*...

—¡Alto! exclamé al llegar á este punto. Llévame al *Café Pedrocchi*.

Yo habia oido decir toda mi vida que aquel Café era uno de los prodigios de Italia y la gran curiosidad de la Ciudad de San Antonio.

—Tengamos la gloria (me dije) de almorzar en el *Café Pedrocchi*, y despues recorreremos la ilustre ciudad de *Padua*.

El *Café Pedrocchi*, como todas las cosas de su género que gozan una antigua celebridad, ha llegado á ser indigno de ella. Aquel inmenso edificio, abigarrado, oscuro, alumado y feo, seria nna maravilla hace treinta años, cuando se abrió por primera vez al público. Entonces tenia pocos y débiles competidores. Pero hoy lo aventajan en lujo, comodidad y belleza casi todos los Cafés principales de Europa.

Sin embargo, en el *Café Pedrocchi* se almuerza todavía perfectísimamente.

Despues de almorzar, pasé allí otra media hora fumándome un detestable cigarro austriaco, coordinando mis ideas acerca de *Padua*, trazándome el itinerario de mis excursiones, y repartiendo el tiempo de que pensaba disponer.

—Estoy en *Pádua* (pensaba yo): en *Pádua*, antiquísima ciudad, cuyo

origen se pierde en los tiempos mitológicos. En Pádua, oprimida sucesivamente por los romanos, por Atila, por los húngaros, por los emperadores alemanes, por los Scala de Verona, por los Carrara, por la República de Venecia y actualmente por el Austria. Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Livio y de Mantegna, en la ciudad amada de Dante y de Giotto, los dos ilustres amigos. Aquí murió y está enterrado aquel franciscano *Antonio* (San Antonio), nacido en Lisboa, que ha extendido el nombre de *Pádua* hasta las aldeas y cortijos del territorio español. Aquí pasó Petrarca los últimos años de su vida, como Canónigo que era de esta Catedral. En esos montes que se elevan al Oeste se halla la aldea de *Arqua*, donde murió y está sepultado el sentimental poeta. En ese palacio, en fin, que he visto al pasar por la *Piazza dei Signori*, figuró Victor Hugo la tremenda accion de su drama *Angelo*, que tan pavorosa celebridad ha dado en toda Europa á esta ciudad sin fortuna.

Y tambien pensaba en otras cosas y en otros nombres... que ahora no vienen á cuento.

Ello es que volví á la calesa; dí mis instrucciones al jorobado, y empecé á correr por las calles de *Pádua* con una rapidez vertiginosa.

Primero fuí á la *Catedral*, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Angel.—Allí ví un busto del amante de Laura, en el hueco de una losa negra, con una inscripcion en que sólo se dice que Francisco Petrarca fue canónigo de aquella Catedral, sin hacer mencion alguna de sus timbres literarios, como si la gerarquía histórica del grande hombre consistiera más en haber gozado de tal prebenda que en haber escrito sus sonetos y sus *Rimas*.—Y no recuerdo más acerca de aquel Templo.

De la Catedral me hice conducir al *Palazzo della Ragione*, una de las primeras curiosidades de Pádua, donde se ve *la Sala mas grande del mundo*. Esta Sala mide 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fue construida á fines del siglo XII. El techo de tan vasta habitacion fue plano al principio; pero se hundió en el siglo XIV, y hubo que sustituirlo con una bóveda. Asi y todo, es un prodigio de edificacion.

El *Salone*, como se le llama por antonomasia, se extiende paralelamente al Ecuador, y en medio de él hay trazado un meridiano, al que baja un rayo del sol por un pequeño agujero de la bóveda á marcar á los paduanos la hora del medio día...—Pero aquel día estaba nublado, y tuve que contentarme con la noticia.

En torno de la Sala y á media altura de sus extensas paredes, corre una balaustrada ó galería, á la que se sube por cuatro magníficas escaleras, y desde aquella especie de balcon se estudian facilmente las cuatrocientas pinturas que adornan los muros de tan descomunal aposento.

Dichas pinturas representan los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio histórico-astrológico.—Yo no he visto nunca alegoría más extravagante, más disforme, más incoherente y gratuita (pero

grande al mismo tiempo, en medio de su locura, al modo de las aberraciones de los cuadros fantásticos del *Greco*) que aquella multitud de episodios de la vida humana, relacionados *ad libitum* con los movimientos de los astros, con la marcha de las estaciones ó con la representacion mitológica de cada estrella.

Tambien es de notar en el Salon el *Monumento de Tito Livio*, asi como su *Sepulcro*, por más que muchos nieguen que sean los huesos del célebre historiador los que se veneran como tales...

—*¡Chi sa!* me dijo filosóficamente el *cicerone* cuando le pregunté su opinion sobre este punto.

¡Quién sabe! repito yo á mi vez.

Conque tal es el famosísimo *Salone* de Pádua, *Forum* y *Capitolio* de la Ciudad durante muchos siglos.—Allí se ha administrado justicia por los *Podestá*; allí se ha reunido el Concejo; allí se han celebrado Elecciones; allí han dado audiencia los Tiranos; allí han funcionado, en fin, todos los Poderes, todas las Instituciones, todas las Corporaciones que han regido á Pádua en sus multiplicadas vicisitudes.—Hoy no pasa allí nada, absolutamente nada! —El *Palazzo della Ragione* es hoy pura y simplemente un monumento fúnebre que recuerda á los viajeros la pasada historia de la ciudad.

Lo mismo sucede en Venecia con el *Palacio de los Dux*, segun observamos oportunamente.—Diríase que el Austria, cediendo á un pudoroso escrúpulo, ó á un supersticioso respeto, no se atreve á establecer su odiada dominacion sobre estos venerandos santuarios de la nacionalidad italiana.

Pues aún hay en Pádua otro monumento más venerado que el que acabamos de describir.

Tal es la *Iglesia de San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO;—y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de expresar de algun modo el énfasis y la uncion con que la pronuncian los paduanos.

La *Iglesia de San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas cuajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reúne al mismo tiempo los opuestos caracteres de una grandiosa mezquita, de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del *Rena-cimiento*.

Semejante heterodoxia artística le sienta bien á una iglesia de pura *devocion*.—La ingénuo y candorosa piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo lo que puede embellecerla, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa.

¿Quién no ha reparado en estos *altares*, ó quién no los ha levantado en su niñez?—En ellos colocábamos el vistoso schal de colores de nuestra hermana, las flores del jardin, los retratos de Mina y de Castaños, los ani-

llos de nuestra madre, el busto de Napoleon, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanías, y un frasco de agua de rosas, traído de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebete.—Y todo era un homenaje rendido á las excelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta....

Pues tal procede siempre la devocion, y tal es el punto de vista estético de la Iglesia de San Antonio de Pádua.—La *Cruz* que allí se venera es el Cuerpo del *Santo*.

La *Capilla* que encierra su *Sepulcro* es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estátuas de bronce y preciosos bajo-relieves, alusivos á la vida del Santo, adornan los muros. En el centro se levanta el *Altar*. Este es de *verde-antico*, sobre el cual se destacan cuatro *Angeles* de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del *Altar* hay dos *Grupos de Angeles*, tambien de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme *Candelabro de plata*, de admirable ejecucion. El *Candelabro de la izquierda* pesa 1,607 onzas: el de la derecha 1,450.—Del techo del Santuario penden innumerables *Lámparas de plata y de alabastro*, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos*, cuadros que representan los recientes milagros del Santo (diligencias volcadas, enfermedades, caídas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesion de San Antonio).

Detrás del *Altar* hay una *Lámina de bronce* que sirve de Puerta á la Tumba del glorioso Portugués.—Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devocion semejante á la que inspira este *Sepulcro* á los hijos del Veneciado. Yo fui á visitarlo á las dos de la tarde de un dia cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, de gentes del pueblo, de niños y de ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.—Los campesinos, que habían ido á *Pádua* al mercado ó á negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del dia, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al Patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle las gracias por anteriores mercedes; ó meramente á visitarlo, á cumplir con él, á llevarle expresiones de sus familias, quienes, al despedirlos aquella mañana, les habían dicho indudablemente:—«Que no te vengas sin ver al *Santo*.»

Al lado de la Iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que merece ser visitada, aunque no sea más que por los muchos y muy notables *Frescos de Ticiano* que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio...

Mas no es aquel todavía el gran monumento artístico de *Pádua*.— Este hay que buscarlo en las ruinas de la antigua iglesia llamada *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fue edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un anfiteatro romano, — y de aquí su nombre. — Hoy está cerrada al culto, desmantelada y ruinosa, en el fondo de un jardin de propiedad particular.—Sin embargo, pocos serán los viajeros que pasen por *Pádua* sin ir á ver en las vacilantes paredes de aquella nave vacía los célebres *Frescos* de *Giotto*.—

Estos *Frescos* (ya lo he dicho) son un monumento del arte. — Su fecha no baja de 1276. — *Giotto* es todavía el pintor ideal, genuinamente cristiano, algo bizantino como su maestro el griego Cimabue; pero propende ya á resucitar la belleza pagana y á convertirla en expresion y forma de su teológico misticismo. Esta idea la habia heredado de su maestro, en quien era un instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que encontraron en el Mediodia de Italia mal apagados recuerdos de la beldad gentílica. Asi, pues, *Giotto* es, como si dijéramos, el segundo príncipe de la dinastía del Renacimiento.

Verdad es que hubo un dia en que el ascetismo cristiano, combinándose con la hermosura humana del arte antiguo, produjo la escuela estática, de que es lucero radioso el inimitable *Beato Angelico*; pero despues llegó *Perugino*, el maestro de Rafael, y la revolucion del arte siguió su rumbo. —Perugino se afana por no inmolarse el espíritu en alas de la forma; mas no intenta ni por un momento retroceder en el camino que ha adelantado el arte. Sus cuadros son una *transaccion* entre lo divino y humano, entre lo inmaterial y lo terreno, sólo que, como el espíritu es siempre más grande, más noble, más augusto que la belleza mortal, sus vivos resplandores dominan y resplandecen sobre la materia.—Rafael no es ya la *transaccion*, sino la *transicion*. Su primitiva *manera* refleja todavía el genio místico de su maestro. Esta es la época de sus Vírgenes sobrehumanas, de sus rostros seráficos, de sus visiones de gloria. Más tarde, Rafael conocerá á Miguel Angel, estudiará el arte griego, se enamorará de la forma por la forma, y pintará la *Transfiguracion*... (la *Transfiguracion*, en que él tambien se transfigura; pero no convirtiéndose de hombre en Dios, como Jesus; sino trocando su intuicion de ángel por la sabiduría de hombre y olvidando la naturaleza divina, para complacerse en la copia y exaltacion de la naturaleza humana...)

Pero me alejó demasiado de *Giotto*.

Entre los *Frescos* de la *Madonna dell' Arena*, hay unos que son del mismo *Giotto*, y otros que se atribuyen á sus discípulos, por la religiosa fidelidad con que se sigue su escuela.—Los del Maestro se conocen por la concepcion del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesia de los rostros. Todos ellos recuerdan escenas de la vida de Jesus y de la Virgen, á excepcion de uno que cubre una pared entera (sobre la puerta de entrada), y que representa el *Juicio Final*.

Esta célebre pintura, anterior en tres siglos al *Juicio Final* de Miguel Angel, recordaria la *Divina Comedia* aún á aquellos que ignoraran que Dante y Giotto fueron íntimos amigos; que el poeta vivió mucho tiempo en *Pádua* en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras muchos testimonios de amor y de estimacion (Dante, hablando de Giotto en unos sublimes versos, y Giotto, retratando más de una vez al infortunado Dante).—Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fue inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oír á su amigo recitar el inmortal poema de los Siglos Medios.—Como quiera que sea, todos los críticos han hallado (y yo la he hallado tambien, aunque no soy crítico), grandísima semejanza entre una y otra obra. En el *Juicio Final*, como en la *Divina Comedia*, la concepcion es elevada, un poco abstrusa, eminentemente teológica, ó por mejor decir, escolástica, sombría como el genio bizantino, tremenda y misteriosa como aquella noche de lúgubres pesadillas que se llama la Edad-Media. En la pintura como en el poema, la disposicion del cuadro es cándida y pueril, abigarrada y confusa, irracional ante las leyes de la perspectiva. Y por último, en ambas obras hay episodios y figuras de una belleza ideal, de una expresion encantadora, de un nobilísimo dibujo, en que se advierte la influencia de aquella elegancia gótica que trajeron de Oriente los Cruzados.—El *Juicio Final* de Giotto ostenta más de una *Beatriz*, más de una *Francesca*, más de una *Pia*.

Yo no haré la descripcion detallada de aquella pintura disforme. Esto seria muy largo. Me contentaré con decir que el Sumo Juez ocupa el centro, y que de sus pies brota un rio de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composicion...

—«Allí están, dice la *Guía de Pádua*, las mujeres de mal vivir y los obispos simoniacos, todos con la bolsa en la mano...»

A la derecha se ven los Elegidos, los Santos, los Angeles y las Vírgenes.

En un lado, por consiguiente, todo es fealdad, tristeza y agonía: en el otro, todo es belleza, amor y bienaventuranza.

De la *Madonna dell' Arena* me hice llevar á la *Iglesia de Santa Justina*, sólo por ver el *Martirio* de esta Santa, famosa pintura de Pablo el Veronés.

Santa Justina es un hermosísimo templo del Renacimiento, que pudiera servir dignamente de catedral en una córte esplendorosa como París ó Lóndres.

(Lo mismo digo de otras muchas iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que, si se alzaran en un país en que no fuesen tan comunes las obras maestras de arquitectura, bastarian por sí solas para dar nombre y lustre á las capitales que las encerraran).

Pues bien: *Santa Justina* sirve hoy de granero á los austriacos.

Ayer, cuando la ví, contendria más de veinte mil sacos de trigo, sobre

los cuales estaban tendidos, jugaban ó cantaban algunos soeces soldados tudescos, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altísimas cúpulas, á donde subía el humo..., no del incienso como otras veces, sino de las pipas de aquellos impíos.

(Diré aquí de paso que el Austria, en vista de lo que acontece en Nápoles, está acumulando hace algunos dias en las orillas del Po, tropas, víveres y municiones, y que los paduanos creen que de un momento á otro las águilas de Hapsburgo pasarán el rio y caerán sobre los nuevos Estados de Victor-Manuel.)

En cuanto á la pintura de Pablo el Veronés que yo habia ido á ver á *Santa Justina*, hállase todavía en el Altar Mayor; pero recibe allí tan mala luz, encuéntrase tan ahumada por los cirios que la alumbraban en otro tiempo, y ha sido restaurada últimamente con tan mala fortuna, que apenas pude formar juicio de su verdadero mérito.

A todo esto eran las cuatro de la tarde. Yo estaba fatigado, y además habia visto los más notables monumentos de *Pádua*. Dí, pues, por terminada mi excursion artística, y dije al astuto jorobado que me pasease por los principales sitios de la ciudad.

El rapaz aceptó con júbilo el mando discrecional que le confiaba, y blandiendo el látigo denodadamente, puso al escape la apolillada calesa, que empezó á dar saltos mortales sobre el incoherente empedrado, haciéndome creer á cada momento que habia llegado mi última hora.

Así pasamos por la *Plaza de los Frutos*, en que se venden los granos, por la *Plaza de las Yervas*, por la *Plaza de las Uvas*, y no sé por cuantas plazas más, hasta que finalmente llegamos al *Prato della Valle*, cuya hermosura desdice del resto de la Ciudad, y donde pasé lo que quedaba de tarde, dando vueltas á pie ó en coche bajo unas amarillas arboledas.

El *Prato della Valle* es la Plaza principal de *Pádua*. En medio de ella hay un gran *Jardin* cubierto de césped, cruzado por varirias calles de árboles y rodeado de un *Canal* elíptico, en cuyas dos márgenes se elevan hasta *Setenta y cuatro Estátuas de italianos célebres*, paduanos en su mayor parte. La forma de aquel *Jardin* recuerda la de un *Anfiteatro* que ocupaba antiguamente el mismo lugar. Las Estátuas son meno que medianas; pero, confundidas con los árboles, repetidas en el agua, dibujadas en el cielo, ennoblecen y hermosean aquella Plaza monumental, en que sólo eché de menos alguna gente de agradable porte que me acompañase en mis paseos.

Pero la verdad es que ayer tarde hacia demasiado frio en la insigne ciudad de *Pádua* para que las ahijadas de San Antonio dejasen sus históricas viviendas.—Hube, pues, de contentarme con verlas detrás de los cristales de sus antiquísimos balcones,—y lo que ellas no saben es que cuando alguna me llamaba la atención, le pedia noticias suyas al tremendo jorobado, el cual me revelaba el nombre de la beldad, su historia, sus amores, su posicion, sus gustos, la iglesia á que iba á misa, los trajes que

usaba habitualmente, y otras muchas cosas que me hacian tanto efecto como la mejor novela de Balzac.

¡Oh! nada hay tan melancólico en nuestra vida humana como estas intersecciones de dos destinos, procedentes de diversas y apartadas cunas, y llamados á no encontrarse más sobre la tierra!—Ni ¿quién será tan insensible que no haya experimentado alguna vez la vaga ansiedad de semejantes emociones?

Pasais por una ciudad sedentaria en que nunca habeis estado y á la que no pensais volver. Veis en un balcon una hermosa jóven pensativa, que por casualidad fija en vos sus tristes ojos. Indudablemente, ella se ocupa de vuestro destino durante un fugitivo instante...

—«¡Un hombre! ¡un desconocido!... (murmura distraidamente su pensamiento.) ¿Quién será? Seguramente será *alguien* para algunos. El creará que para mí no es *nadie*. Y es que yo no soy *nadie* para él. El pasa por aquí viniendo de *no sé dónde* y dirigiéndose á *alguna parte*. Nuestras vidas no se conocen. Sólo se han visto nuestros cuerpos. Nuestras almas no miran á un mismo polo. El habrá ya constituido sus afectos, como yo los míos...—¡Dobló la esquina!... Héme aquí otra vez sola, encerrada en el círculo de hierro de mi monótona, rutinaria y fastidiosa existencia.»

Así, pues, el viajero es para aquella mujer la sombra querida de la libertad, la imágen del porvenir, lo desconocido, lo insólito, lo poético... el más allá de los muros de su casa y de las montañas de su horizonte.

En cambio, aquella mujer es la esfinge de la vida del viajero.

—«¿Quién sabe (se pregunta uno) si esa mujer tiene el alma gemela de la mia; si me está esperando hace mucho tiempo; si ella seria mi felicidad? ¿Quién sabe si yo estoy pasando ahora mismo por delante de la dicha, sin adivinarlo siquiera, y he de seguir adelante buscando una cosa que ya me he dejado atrás? ¿Quién sabe si mañana volveré á encontrar á esta mujer en mi camino, y la amaré y suspiraré por ella, y entónces será ya tarde?»

Y en medio de estas dudas, nos maravilla que aquel ser haya existido diez y ocho ó veinte años sin que nosotros lo supiéramos, sin que lo hubiésemos imaginado siquiera; y nos duele el corazon al comprender que ya nunca volveremos á saber de aquella vida; que ignoraremos su futura historia; que no tendremos noticias de su muerte; que al dejar aquella calle será cuando verdaderamente moriremos el uno para el otro... ¡y que, sin embargo, era tan bella, era tan expresiva, era tan grave, hubiera sido tan cariñosa!...

¡Oh, lo desconocido!—¡Lo desconocido es lo infinito! ¡Lo desconocido es todo lo que nos falta! ¡Lo desconocido es el cielo!

Mientras yo pensaba de este modo (sin más razon ni motivo que haber visto moverse las cortinillas de dos ó tres balcones y haber columbrado entre cristales, aquí unas trenzas sedosas, allí unos ojos negros rasgados, acá una mano aristocrática, acullá un talle juvenil mal desfigurado por los pliegues de una bata), el dia empezaba á desaparecer; los pájaros

cantaban, reunidos ya en las marchitas copas de la arboleda; el frio se hacia sentir cada vez más; la niebla se levantaba del suelo é iba á reemplazar á las nubes que empezaban á desalojar la atmósfera, y en los balcones de algunas casas brillaba ya la luz de la velada de familia...

Todas estas cosas dieron otro rumbo á mis ideas, y pensé en que al dia siguiente haria muy buen tiempo, puesto que la niebla empezaba á helarse; y en que, habiendo ya visto á *Pádua*, estaba en el caso de continuar mi camino.—Pregunté, pues, al jorobado cómo se hacia el viaje á *Ferrara*, y me dijo que todas las mañanas á las cinco salia una silla de posta con direccion á esta ciudad, á la que se llegaba en diez horas.

Fuíme, pues, al Hotel: comí solo, lo cual es más triste que no comer (suponiendo que se haya almorzado): escribí á España una carta, muy más interesante y curiosa que este capítulo: envié á la Posta por un billete para *Ferrara*: arreglé mi diminuto equipaje, y me acosté con peor humor que me levanté por la mañana.

¿Dónde estaba ya *Venecia*?

Venecia, y no sólo Venecia, sino tambien *Pádua*, se habian hundido en ese abismo sin fondo que se llama *lo pasado*.

A las cuatro de la madrugada estaba ya de pie; dirigíme á la Administracion de Correos; subí en la *mala-posta*; y poco despues salia de la Ciudad por la Puerta de *Santa Croce*.

Segun habia adivinado la tarde anterior, el dia apareció magnífico. La tierra estaba escarchada; los árboles, todavía verdes, brillaban al naciente sol, y las aves cruzaban el limpio azul de la atmósfera, aprovechando como yo el buen tiempo para emigrar al Sur de Italia.

La carretera se dilataba por entre viejos álamos, que la cubrian de dulce sombra.

Aquellos magníficos arrecifes sólo pudieran compararse al Paseo de las Rosas de Aranjuez.

Así anduve leguas y leguas.

A un lado y otro del camino veia constantemente dos canales; el de *Bataglia* y el de *Monselice*.

Si yo no hubiera estado triste y solo, este viaje habria sido tal vez el más cómodo y delicioso de mi vida.

Ni polvo, ni frio, ni calor, ni gran movimiento en el coche...—Nada me recordaba las fatigas ordinarias de un viaje.

Los caballos trotaban acompasada y briosamente, y la silla de posta se deslizaba sobre el compacto arrecife, sosegada y ligera como por una alameda de los Campos Eliseos de que hablan los poetas.

A unas seis leguas de *Pádua*, pasé á la vista de la ciudad de *Este*, cuna de la ilustre familia del mismo nombre, que reinó en casi todos los Estados del Norte de Italia.

Una rama de esta familia dió origen á la dinastía de Brunswick, que reina todavía en Inglaterra y en Hannover...—Pero yo estaba muy lejos

de pensar en semejantes cosas.—Yo no pensaba más que en *Alfonso I d'Este*, el cuarto marido de Lucrecia Borgia, cuyo palacio iba á visitar en *Ferrara*, y en Alfonso II, el hermano de aquella *Eleonora* inmortalizada por el Tasso.—La poesía es el alma de la historia

Luego pasé el poderoso *Adige*, y despues el *Adigetlo*, desmembracion suya.

A orillas del *Adigetlo* se levanta *Rovigo*, ciudad de 9,000 habitantes, en la cual sólo paramos el tiempo preciso para almorzar y mudar de caballos.

Al partir de *Rovigo*, sorprendióme mucho que el terreno, lejos de subir, como acontece siempre que se sale del lecho de un gran rio (y nosotros acabábamos de dejar atrás el opulento *Adige*), seguia bajando cada vez más.

El conductor, á quien comuniqué mi extrañeza, me explicó entonces que, tanto el *Adige* como el *Po* (al cual nos dirigíamos), corren en aquella comarca por unas orillas artificiales, y que los terrenos adyacentes están mucho más bajos que sus aguas. Los diques que encauzan aquellos rios han sido levantados para evitar las inundaciones, antes muy frecuentes, y para acelerar su curso, á fin de que arrastren más arena. Esta arena, depositándose siglos y siglos en las playas del Adriático, ha dado lugar á que las ciudades bañadas en otro tiempo por las olas, como *Adria*, que dió nombre á aquel mar, se encuentren ahora muchas millas tierra adentro. Y de aquí tambien que el *Adige* y el *Po* suban continuamente de nivel y estén hoy levantados sobre la llanura, á la manera de acueductos, amenazando á *Ferrara* (y á otras poblaciones que se asientan debajo de ellos) con un espantoso cataclismo.

Por lo demás, el territorio comprendido entre el *Adige* y el *Po* no puede ser más ameno. La carretera se prolonga sobre altas calzadas cubiertas de frondosos árboles. Los olivares y las viñas se recuestan por ambos lados sobre apacibles llanuras, é innumerables arroyos, procedentes sin duda de filtraciones de los grandes rios, brillan al sol como serpientes de plata, y se pierden á la derecha en los desiertos arenales.

Llegamos en fin al *Po*.

El *Po* es la frontera entre el Véneto y los Estados-Pontificios, ó sea entre el imperio de Austria y el nuevo reino de Italia.

Hace pocos meses, la márgen derecha del *Po* (aquella tierra de que me separaba el anchuroso rio) pertenecia á la Santa Sede.—Allí empezaban las *Legaciones*.—Hoy son provincias de los Estados de Víctor Manuel.

En aquellos melancólicos parajes el *Po* es caudalosisimo, y corre lento y sosegado como un brazo de mar en calma.—Yo lo habia visto niño alborozado y jugueton á las puertas de Turin. Luégo lo hallé impetuoso y adulto cerca de Pavia. Entonces lo encontraba ya fatigado y próximo á la muerte; pero sereno y magestuoso!—Él, como yo, venia de recorrer toda la alta Italia, desde el Monte Viso al Adriático, ó sea una extension de ciento cincuenta leguas.—¡Cuántas ciudades, cuántas aldeas, cuántas

campiñas, cuántos puentes, cuántos bosques habia reflejado en sus aguas!

La silla de posta no lo pasó desde luego; sino que subió por su orilla izquierda durante dos horas, sobre la calzada que sirve de dique á la corriente.

Figuraos lo deliciosa que seria esta marcha, al galope, por aquel elevado camino, sobre aquella especie de muro, viendo á un lado, debajo de mí, la extensísima superficie del noble rio, y al otro, á mayor profundidad, una verde pradera cuajada de árboles y cruzada de arroyuelos...

Asi llegamos á un pueblecillo de pescadores y bateleros llamado *Santa Maria Magdalena*.

Allí está la *Aduana de los austriacos*.

Por allí debíamos abandonar el Véneto.

En frente de *Santa Maria Magdalena*, al opuesto lado del rio, se miraba en las aguas otro pueblecillo.

Era *Ponte-Lagoscuro*, primera poblacion de los antiguos Estados de la Iglesia, y hoy primera poblacion del improvisado Reino.

Allí se veia la *Aduana de Italia*, sobre la cual ondeaba la bandera tricolor con la Cruz blanca de Saboya.

En la orilla esclava habia un fuerte destacamento de soldados de Austria, con sus capotes grises y sus kepis aplastados.—En la orilla libre paseaban algunos *bersaglieri*, ufanos con su traje montañés y su sombrero de plumas.—¿Cómo deseaba yo llegar a ella!

Entre una y otra márgen no hay todavía puente alguno.—La travesía del *Po* se hace aún en frágiles barquichuelos.

El que debia trasladarme á mí, hallábase ya preparado.

Sufrió, pues, nuevos vejámenes de la policía austriaca; dejé que me interrogaran y que registraran mi saco de noche; di expresiones para Giotto al conductor, que desde allí se volvia á Padua con la silla de posta, y penetré en un bote de mala muerte, gobernado por dos remeros...

Pocos minutos despues, pasábamos, en medio del *Po*, aquella línea *imaginaria*—¡demasiado imaginaria!—que separa *legalmente*, y no de otra manera, á dos pueblos dotados por Dios de unos mismos rios, de un mismo horizonte, de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo génio, en fin; ¡del génio de las artes, lazo indisoluble de la unidad italiana!

Quando hubimos acabado de pasar el rio, no pude ménos de respirar fuertemente, como quien sale de una mazmorra al aire libre...

Estaba en los *antiguos* Estados Pontificios...

Es decir: estaba de nuevo en el recientísimo Reino de Italia. . . .

LIBRO SEXTO.

LAS LEGACIONES.

I.

UNA TARDE EN FERRARA.—EL CASTELLO.—RECUERDOS DE LUCRECIA BORGIA.—
PARISINA.—EL TASSO.

Ferrara, 18 de noviembre.

Lo repito: mi primera operacion al desembarcar hoy en *Ponte-Lagoscuro* fue respirar con toda mi fuerza, como si acabaran de quitarme de encima una montaña de plomo.

¡Estaba en un país libre; esto es, en un país *liberado*!

Maquinalmente, me volví hácia la orilla que acababa de dejar; y al ver en ella á los soldados austriacos y la bandera amarilla y negra sobre la Aduana de *Santa Maria*, diéronme tentaciones de significar á los tiranos del Véneto no sé qué sangrienta burla, no sé qué odio mezclado con regocijo, no sé qué amenaza y qué desprecio, que podian resumirse en este solo grito: ¡*Viva Italia!*!; pero no me atreví á pronunciarlo, temeroso de que los *bersaglieri* y los habitantes de *Lagoscuro* lo tomasen por una cobarde adulacion, y los tudescos por una tardía baladronada.

Sofiqué, pues, mis afectos y me dirigí á la Aduana piamontesa.

—Puede usted continuar su camino,—se apresuraron á decirme los empleados, sellando mi pasaporte sin leerlo, y devolviéndome el saco de noche sin abrirlo.

Yo les dí las gracias, y monté en una silla de posta igual á la que habia dejado en la otra márgen.

Los caballos, que piafaban impacientes, salieron al galope.

Una hora despues (á cosa de las cuatro de la tarde) llegaba á las puertas de *Ferrara*.

Desde que penetré en la primera calle de esta antigua córte de los Duques de Este, parecióme que la ciudad era demasiado grande para la poblacion que hoy la habita.—Y no me equivoqué ciertamente: el perimetro de *Ferrara* no bajará de dos leguas y media, y, sin embargo, apenas contiene 30,000 almas.

Las calles son anchas, rectas, y están empedradas de menudos guijarros. Los enormes edificios que las forman, entre los que se ven centenares de Palacios, tienen un aire señorial, veñerable, majestuoso, que recuerda los grandes tiempos de *Ferrara*.—Muchos de tan insignes Palacios están cerrados por falta de inquilinos. La yerba, amiga siempre de la soledad, crece, pues, impunemente delante de estos sepulcros de pasadas generaciones, y los Escudos de armas, tallados en piedra, que adornan las torres y las portadas, así como los que se ven engastados en los hierros de rejas y balcones, parecen los epitafios de las nobles familias que allí vivieron y de que ya sólo queda un pálido nombre en la Historia.

Al principio atravesé calles completamente desiertas.—Más adelante ví algunos hombres embozados en capas negras, más cortas y de menos vuelo que las españolas.—Luégo entró el coche en una calle en que había ya algun comercio, algun ruido, alguna animacion...

Llegábamos al centro de la extensa capital...

En muchos balcones ondeaba la bandera tricolor de Italia, y en las muestras de las tiendas se advertian indicios del entusiasmo que inspira á los ferrareses el nuevo estado de cosas.—*Almacen de la Unidad*, decia un letrero.—*Café de Cavour*, se leia en otro lado.—*Calle de Solferino*, rezaba un azulejo.—*Bazar de Victor Manuel*.—¡*A la nueva Italia!*—*Fon-da de la Libertad*, decian otros rótulos.—Y á más de esto, veíase en las esquinas una infinidad de carteles con anuncios de folletos, libros, periódicos y espectáculos, cuyo solo título hubiera constituido un crimen ó una herejía á los ojos del *Cardenal Legado* que imperaba en esta ciudad (en nombre de la Santa Sede y con ayuda de las bayonetas austriacas) antes de las famosas anexionen del año último.

Al considerar todas estas cosas, no podia menos de conmoverme, pensando en la profunda turbacion que debió de experimentar este pueblo al pasar bruscamente desde el más intolerante absolutismo á la más amplia libertad.—¡Qué catástrofe aquella para los que vivian apegados al antiguo régimen! ¡Qué delirio de júbilo para los que deseaban, pero no se atrevian á esperar, lo que sucedió de pronto! ¡Qué terrores! ¡Qué vértigos! ¡Qué alegrías! ¡Cuántas lágrimas de placer ó de pena! ¡Cuánta locura en todas las imaginaciones! ¡Cuántas ruinas y cuántas resurrecciones en una hora!

De todas estas peripecias, sólo quedan ya en la ciudad (en el centro de ella, vuelvo á decir) los vestigios de la alegría.—La pena acaba siempre por ocultarse.

Sí. Un júbilo expansivo se reflejaba esta tarde en todos los rostros. Los

ferrareses iban y venian de una calle á otra, vestidos con su ropa de los días de fiesta, á pesar de ser hoy día de trabajo. Todas las jóvenes de la Ciudad (¡cosa rara en un pueblo de provincia!) salian á paseo en el momento que yo cruzaba por la *Via dei Piopponi* (y, dicho sea de paso, las paisanas de Lucrecia Borgia me han parecido muy lindas y muy elegantes). Los jóvenes, vestidos de guardias nacionales, conferenciaban gravemente á la puerta de los Cafés. Algunos organillos tocaban el *Himno de Milan* ó el de *Garibaldi*. En un *Canal* que atraviesa toda la poblacion, se veian dos ó tres falúas empavesadas con gallardetes tricolores. El sol, en fin, que se ponía por el extremo de una larga calle, proyectaba horizontalmente su radiosa luz sobre el leve tamo de la atmósfera, haciéndole bullir y reverberar como polvo de oro.—Aquella claridad de gloria aumentaba el sublime alborozo de este pueblo convaleciente, que todavía no puede contar por años sus dias de independencia y libertad.

Luégo pasamos por delante del *Castello*, antigua morada de los Señores de la Ciudad.

Su mero aspecto (pues todavía no he entrado en él) me trasportó á la Edad Media y al Renacimiento.

La Ferrara papal y la Ferrara piemontesa desaparecieron á mis ojos.

El *Castello*, ó sea el Palacio Ducal, es uno de los alcázares más poéticos, más románticos, más novelescos por su forma y por sus tradiciones, que puede imaginar la fantasía.—Aislado en medio de una Plaza, rojo, elevadísimo, rodeado de profundos fosos llenos de agua, flanqueado por cuatro esbeltas y macizas torres, con sus arcos que pasan de una ala á otra, con sus puentes levadizos, con sus muros almenados, con sus ventanas ojivales y sus cadenas de hierro, ofrece un aspecto sombrío, imponente, amenazador, como la edad en que fue construido, como los Príncipes que reinaron en él, como las historias de que son monumentos sus torreones y sus mazmorras.

Estas historias acudieron en tropel á mi imaginacion.

—«Ahí (me dije) vivieron los Azos, los Hércules y los Alfonsos de Este; aquellos otros Médicis, famosos por sus amoríos, sus crueldades y sus fiestas.—De ahí salian á pelear en defensa de la soberanía de los Papas y de la independencia de Italia, cobijadas éntonces por una misma bandera.—Ahí celebraban despues sus victorias con espléndidos regocijos, que extendian por toda Europa el nombre de *Ferrara*, llamada con razon en aquel tiempo, «emporio del placer, de la hermosura, del lujo, de la galantería, de las letras y de las artes.»—Ahí tuvo lugar la tremenda tragedia de *Parisina*, cantada por lord Byron y Donizetti. Ahí los saraos presididos por Lucrecia Borgia. Ahí la disolucion, la gloria y los asesinatos cantados por Victor-Hugo.—En esos vastos salones, cuyas ventanas abiertas me dejan ver molduras doradas y lujosos cortinajes, leyó Juan Guarini su tragi-comedia *Il Pastor Fido*, en presencia de Alfonse II, de su hermana Eleonora y del infortunado Tasso.—¡*Tasso y Elionora!*.... Ahí se

conocieron; ahí la amó años y años el inmortal poeta; ahí leyó por primera vez su *Gerusalemme liberata*, buscando en los ojos de la ingrata beldad el único lauro á que aspiraba en el mundo, y de ahí lo llevaron un día al *Hospital de Santa Ana*, y lo encerraron en un calabozo, tomando por locura su pasión devoradora!—Los salones de ese alcázar (continué diciéndome) recuerdan también haber oído á Boiardo y Ariosto recitar sus inmortales poemas;—vieron á Ticiano retratar á Lucrecia Borgia, ó inspirarse en su peregrina hermosura para pintar las *Bacantes* y el *Triunfo del Amor*;—conocieron á Tito Vespasiano Strozzi, el último poeta latino, que componía madrigales en honor de la liviana hija de Alejandro VI,—temblaron al oír la voz de Savonarola, cuyas primeras predicaciones condenaron el escándalo en que vivían los Borgias y los Este;—labergaron á Calvino, llamado á esta ciudad por su sectaria la mujer de Hércules II;—hospedaron después por espacio de dos siglos á los Cardenales Legados;—se estremecieron un día de asombro al ver entrar por sus puertas al primer Napoleón;—y últimamente han sufrido la ominosa ocupación austriaca, único sosten del odiado gobierno pontificio.

Con esto llegamos á la puerta del hotel de la *Estrella de Oro*, de que yo tenía buenas noticias, y donde escribo estas páginas. Escogí cuarto; dejé en él mi equipaje, y torné á salir á la calle, á fin de aprovechar lo que restaba de día para acabar de ver la ciudad.

Como podreis suponer, mi primera visita ha sido á la *Prision del Tasso*.

Es ésta una especie de sótano húmedo, oscuro, infecto, que en su origen fue leñera del *Hospital de Santa Ana*.

Sus cuatro paredes, su puerta y hasta el techo, se hallan cubiertos de nombres ilustres.

Entre ellos he leído los de Goethe, Byron y Lamartine.

Byron grabó el suyo en gruesos caracteres, labrando una piedra con un puñal.

El conserje dice que el poeta empleó dos horas en esta operación y que pasó otras dos encerrado en el calabozo.—Lo cierto es que al cabo de ellas, y de vuelta en su casa, escribió su célebre elegía *La lamentación del Tasso*, que termina con éstos melancólicos pensamientos:

«Y tú ¡oh Eleonora! tú, que te sonrojas de tener un amante por mi estilo; tú, que no habrás podido saber sin abochornarte que á alguien, además de los monarcas, se ha atrevido á encontrarte bella.... sabe que, cuando se haya apagado ya ese esplendor de que te rodean el rango y la hermosura, llegarás á compartir el laurel que dará sombra á mi sepulcro. ¡No habrá entonces poder que baste á separar nuestros nombres en la muerte, como nada ha bastado en vida á arrancarte de mi corazón!... Sí, Eleonora: nuestro destino es unirnos para siempre; pero ¡ay! ¡demasiado tarde!»

Encima de la puerta de la prision hay una lápida de mármol con estas palabras en letras de oro:

RISPETATE, Ó POSTERI,
LA CELEBRITÀ DI QUESTA ESTANZA,
DOVE
TORCUATO TASSO,
INFERMO, PIU DE TRISTEZZA CHE DE DELIRIO,
DETENUTO DIMORÓ ANNI VII MESSI II.
SCRISSE VERSI E PROSE,
E FU RIMESSO IN LIBERTA
AD ISTANZA DELLA CITTA DI BERGAMO
NEL GIORNO VI IVGLIO MDLXXXVI (1).

Aquella mazmorra es de todo punto inhabitable, áun contando con que tuviera la otra ventana cuyo sitio in lica el conserje.—Yo no comprendo cómo un hombre ha podido permanecer allí siete años..... ni siete dias.

¡Siete años! ¡Y con un alma como aquella; con una imaginacion de fuego; con un corazon tierno y afectuoso; con una vasta inteligencia; con tan viva sed de gloria!...—Repito que no lo comprendo.

¡Y sin embargo es verdad!

Entre tanto, Eleonora, la causa de las penas de Torcuato, brillaba y lucía en los saraos del *Castello*, rodeada de galanes, feliz y sonriente, olvidada del mísero poeta y dispuesta á casarse con un príncipe adocenado...

Nada más natural.—Lo extraño hubiera sido que las cosas no pasaran de este modo.—El pobre Tasso debió de ser un ángel de inocencia, cuando no contó con esto y con lo demás que le sucedió.—¿A quién no le ha ocurrido algo semejante?

El contraste de aquellos dos destinos ha sido admirablemente expresado por un gran poeta español de nuestros dias, en un drama que nadie puede haber visto representar (por la sencilla razon de que no está acabado); pero del cual sé yo de memoria algunas escenas, que su autor me ha recitado varias veces.

El poeta es Fernandez y Gonzalez; el drama se titulará *El último sueño*, y Torcuato Tasso habla en él de este modo:

Un tiempo más dichoso,
cuando la luna pálida lucía,
iba á encontrarla.
¡Cuán dulce el tiempo resbalaba y grato!

(1) «Respetad, oh generaciones venideras, la celebridad de esta estancia, donde Torcuato Tasso, enfermo, más de tristeza que de delirio, vivió prisionero siete años y dos meses. Aquí escribió versos y prosa, y fue puesto en libertad á instancias de la ciudad de Bérgamo el día 6 de julio de 1586.»

; Todo era encanto allí! ; todo pureza!
 ; todo mentira al par!!!—Y yo, insensato,
 esclavo de su mágica belleza,
 ángel soñaba á la beldad perjura
 que en soledad de muerte me abandona
 y, adúltera del alma, su fé pura
 infame trueca por ducal corona.
 —¡No le basta un laurel!—Pobre es mi lira;
 mis héroes son soñados; mis amores
 sueño que el alma en su afanar delira...
 ; Todo cuanto yo soy... todo es mentira!
 ; Solo hay verdad, y horrible, en mis dolores!

El guardian de la prision me ha encargado que, pues me dirijo á Roma, no deje de visitar, en el *Convento de San Onofre*, la celda en que murió el Tasso, donde veré y leeré cosas interesantísimas, referentes al laureado vate.

Lo haré así.

Desde la *Prision de Tasso* he vuelto al *Castello*:—de la casa de *Torcuato* á la de *Eleonora*...

Para ello atravesé la *Plaza Ariostea*, en medio de la cual se levanta la *Estatua* del cantor de *Orlando el furioso*.—Su pedestal ha sostenido ya otras dos Estátuas: una del Papa Alejandro VI, derribada por los revolucionarios en 1796, y otra de Napoleon I, arrebatada por los austriacos en 1815.—Pero yo no estaba ya esta tarde para pensar en otra cosa que en mis héroes románticos, y seguí mi marcha hácia el *Castello*, sin detenerme en aquella Plaza.

El *Castello* sirve hoy de Prefectura.

Algunos milicianos daban la guardia en la puerta.

Preguntéles si se podia entrar, y con la mayor urbanidad me dijeron que sí.

Entré, pues, y no encontré á nadie por ningun lado.

Empezaba á oscurecer.

Ví á la izquierda una escalera iluminada, y me dirigí á ella.

Era una hermosa escalera de caracol, ámplia, cómoda y bella, alfombrada con mucho lujo, hecha indudablemente para arrastrar colas...

Los peldaños giraban en torno de una elipse, y de aquí el que fueran tan anchos y suaves.

Yo creí encontrarmé en el siglo XVI y que acudia á un baile dado por los Duques de Este.

Pero la verdad es que el primer piso del Palacio ha sido restaurado por dentro, y que el Prefecto de la ciudad daba á aquella hora audiencia en su despacho.

Pasé, pues, como sobre ascuas por delante de la puerta de la habitacion en que penetraba la tira de alfombra, y continué subiendo la escalera sin saber á dónde iria á parar.

Ya no revestian bruñidos mármoles las paredes. Ya no habia tampoco

iluminacion ninguna. Mis piés se sepultaban en una densa alfombra de polvo...—Y, sin embargo, la espiral de la escalera no terminaba, ni parecia conducir á ninguna parte.

Al fin encontré una puerta, por la cual se alcanzaba una débil claridad del moribundo dia.

Aquella puerta daba á un corredor, con ventanas al patio.

Este corredor me llevó á una galería con vistas á la plaza.

Al fin de la galería empezaba una escalera oscura, que bajaba yo nó sabia adónde.

—¿Bajaré por ella? me pregunté.

Ni ladrones ni asesinos eran de temer en el asilo de la autoridad...; pero la escalera podia estar hundida, cortada... ; Podia llevar á una cisterna, á una prision... tal vez á la prision de *Parisina!*...—Y luégo, ¿quién está seguro de que no hay nada de fundamento en lo que se cuenta de aparecidos, de fantasmas y de almas en pena?

Renuncié, pues, á bajar, y eché por otro lado.

Entonces recorrí salones y más salones, todos vacíos y abandonados completamente.

El rojo crepúsculo, ya casi muerto, me alumbraba apenas lo bastante para no tener que ir tocando las paredes.

Por último me perdí.

Y perdido seguí mucho tiempo, andando y desandando un mismo camino. Y primero sentí fatiga; luégo sentí hambre; y por remate sentí miedo...; miedo, sí, de pasar allí la noche, ó de ser tomado por un ladrón, ó de encontrarme de pronto con los cinco ataúdes del festin de *Lucrezia Borgia*, y con el Coro de Agonizantes, y con la misma *Lucrecia*..., armada de puñal y de veneno, envuelta en aquella rubia cabellera, tan fina y abundante, de que yo habia besado... digo, tenido en la mano... una preciosa trenza en la biblioteca de Milan!...

Comprended que mi situacion era apurada. —Yo habia acariciado el cabello de aquella terrible mujer, acaso contra su gusto... Ella se distinguió siempre por su sagaz policia y por su don de ubicuidad... Ella era muy capaz de hacer un viaje del otro mundo á éste con tal de vengar una ofensa... Ella podia haber esperado á que yo visitase su palacio para pedirme cuenta del insulto de Milan...—¡Ah! si conoceis el retrato de la Borgia pintado por Ticiano, comprendereis todo lo que aqui digo; y si conoceis la vida y aventuras de aquella mujer, comprendereis todo lo que callo...—¡Qué hermosa era, en medio de todo!

Así andaba por pasillos y crujiás, por escaleras y salones, cuando (os suplico que me creais, —yo no invento nada en estos apuntes) oí unos leves pasos y el ruido de una falda que rozaba las paredes...

Ya era noche completa.

Yo me paré.

—«¿Quién va?» me preguntó entonces una voz de mujer, al fin de la galería en que me encontraba.

¡Creí que me moría!

—«¿Sois vos?» repitió el mismo acento femenino, con un timbre ronco que me pareció el de la ira.

—«¿Quién va!» dije yo á mi vez... por decir algo.

—«Soy yo» (repuso la voz, aproximándoseme). ¿El señor quiere ver la *Prision de Parisina*?

Este nombre me tranquilizó un tanto. — *Parisina* me alejaba de *Lucrecia*.—Se trataba de una historia menos terrible que la que yo recordaba en aquel momento.

—Pero ¿sois vos *Parisina*? repliqué entonces donosamente, adivinando mi verdadera situación.

—Yo soy la mujer del conserje, para servir al caballero (contestó la voz á pocos pasos de mí). Os he visto entrar en el *Castello* y os he seguido.—¡Por cierto que hay poca luz y nos hemos extraviado!—Si el señor quiere ver la prision de *Parisina*, venga mañana por la mañana.—Mi marido tiene la llave y no volverá hasta media noche.

—Lo que quiero es que me saqueis de aquí, me apresuré á contestar.

—Seguidme, dijo la mujer.

Y bajamos una escalera, y luégo otra, y nos encontramos en el *Patio Grande del Castello*.

—¿Veis aquella luz? exclamó entonces la mujer (que era fea, y de bastante edad:—ya veis que no miento). Pues allí está la salida.—Ahora, si el señor tiene voluntad de darme alguna cosa...

Aquella luz alumbraba á una *Virgen*.

Cerca de ella habia una puertecilla que daba sobre los *Fosos del Castello*.

Cuando puse el pié en la calle, experimenté una alegría mayor que la que me produjo el salir de los *Pozos de Venecia*.

Con esta aventura dí por terminada mi excursion á los tiempos pasados de *Ferrara*, y me vine al *Hotel*, donde me esperaba ya la comida.

Durante ella, hablé largamente de política con el que me servia á la mesa, el cual me ha contado á su modo una porción de anécdotas de la dominacion romana, de la revolucion del año pasado y del actual órden de cosas.

Estas anécdotas no son para referidas al público; pero me sirven á mi para formar juicio de la Italia de ayer y de la Italia de hoy.

Creo habérselo dicho: cuando viaja uno por país extranjero, aprende muchas más verdades oyendo á los mayores, á los fondistas y á los mozos de los *Cafés*, que departiendo filosóficamente con profundos estadistas.—Estos os dicen sus opiniones: aquellos os relatan los hechos.

Cuando salí del *Hotel* para ir al *Teatro*, encontré que *Ferrara* habia vuelto á sumergirse en la noche de su historia.

Todo era tristeza y soledad en las calles. La animacion política se habia

trasladado al Teatro, como vereis despues. Los Palacios se sucedian en la sombra, mudos y severos, olvidados de las alegrías pasajeras de esta tarde y recordando sus grandes dias de los siglos XV y XVI.

A pesar de las minuciosas señas que me habian dado en el hotel, me perdí tambien varias veces antes de encontrar el *Teatro*.

Una de ellas sirviéronme de guia tres embozados de mala catadura, que se quitaban el sombrero, sin descubrir por eso la cara, al pasar por delante de los muchos Cristos y Vírgenes que hay en las esquinas de la Ciudad. Estos embozados me llevaron por intrincadas callejuelas, en que no se veia otra luz que la de las susodichas Imágenes. Yo me acordaba de Toledo y de Guadix á las altas horas de la noche, y como que me arrepentí de haberme dejado guiar por aquella gente...

Pero tambien esta vez eran infundados mis temores, y los buenos ferrareses me sacaron á puerto de salvacion, dejándome enfrente del *Teatro*.

El *Teatro de Ferrara* es grande y bello. De sus ciento veinte palcos sólo habia ocupados doce. En cambio, el patio estaba completamente lleno. La mayor parte de la gente se hallaba de pié, y los hombres conservaban el sombrero puesto, á pesar de haberse corrido las cortinas que hacian las veces de telon de boca.

Representábase una comedia de flamante actualidad: *El desembarco de Garibaldi en Marsala*.

El público aplaudia estrepitosamente.

Yo conocia ya el asunto por los periódicos; los actores eran muy malos, y el público gente muy comun.—Díme, pues, por satisfecho con media hora de espectáculo; busqué un *cicerone* entre la multitud, lo cual me costó poco trabajo y menos dinero, y abandoné el Teatro con intencion de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone*, que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto*; pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el Palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico.

Ahora me alegro mucho de haber hecho semejantes visitas á los Penates de dos genios que tanto amo; pero la verdad es que estoy rendido.

¡A bien que la cama que me ha caido en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo XV.

¿Quién sabe si esta cama formaria parte del mobiliario de los duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara?

¿Quién sabe si habrán dormido en esta cama Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos?

Duca Alfonso, mio quarto marito!...

¿Quién lo sabe?

Lo que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar, á fin de llegar á *Bolonia* temprano, y que me estoy cayendo de sueño.

Con que muy buenas noches.

II.

EL AMANECER EN FERRARA.—VIAJE Á BOLONIA.—LAS TORRES INCLINADAS.
—PASEOS POR LA CIUDAD.—LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas al aire libre; en una ancha, recta y larguísima calle de Ferrara; sentado á la puerta de una casa (cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal); enfrente de la Administracion de Correos, que se abrió hace diez minutos, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al carruaje que ha de conducirme á *Bolonia*.

La mañana no puede estar más hermosa, aunque bastante fria. Anoche ha escarchado mucho. El cielo se halla azul y limpio, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante..., y, por cierto, de una manera muy original y sorprendente.

La calle en que me encuentro termina en una Puerta monumental (*Porta di Po*), compuesta de tres arcos desiguales, que se dibujan graciosamente en una verde llanura y en el turquí del firmamento.—Ahora bien: al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que se divisa por el arco central de la *Porta di Po*. Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del dia asomó su disco por el medio punto de la tallada piedra, como un glorioso rey que entrara en la Ciudad bajo un Arco de triunfo.

En cuanto á su luz, todavía penetra fúlgida y rutilante por aquel magestuoso rompimiento, inundando de vívidas llamas toda la longitud de la calle.—Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto oriente, ha abierto tres brechas en el muro que cerca á *Ferrara*, y barrido y dispersado las tinieblas, acampadas hacia catorce horas en esta silenciosa calle.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, sólo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son dos ó tres dependientes de la Diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada*, porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones), y yo, que escribo y tomo el sol á un mismo tiempo, experimentando un bienestar y una alegría que no sé cómo explicarme.

Al fin de esta calle, y cerca de la puerta citada, se distingue una es-



BOLONIA.—LAS TORRES INCLINADAS.



belta *Columna*, levantada en honor de Ariosto.—El daros esta noticia, me ha costado un paseo desde aquí á la columna y desde la columna hasta aquí, á fin de leer su inscripción.

¡Qué hermosa mañana!—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.—Si alguna persona cara á mi alma contempla hoy allí la salida del sol, no sospechará seguramente que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ella, y que lo que ella toma por el primer rayo del día es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte.

Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¡Qué Santo es hoy?—Estamos á 19 de noviembre.... *Santa Isabel*.—Hoy, en España...

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo y de *esprit fort*, que no creía en el amor de la patria; que lo juzgaba un sentimiento artificial, anticuado cuando menos, hijo de crueles preocupaciones.—«Todos los hombres son hermanos (me decía): las fronteras son una iniquidad inventada por los conquistadores y por los déspotas; toda la Tierra es patria de toda la humanidad; las demarcaciones y delimitaciones que separan á unos Estados de otros, no son sino convenciones tiránicas que anulará la civilización.»—Y leí libros y periódicos que hablaban de igual manera...

¡Oh! los que así pensais todavía, salid de vuestra patria; recorred una ciudad que no se diferencie en nada de las que vísteis en vuestro país; prestad oído atento á la campana católica, que toca lo mismo que en el pueblo que os vió nacer, y experimentaréis una honda pena, un frío de soledad, una etrxañeza melancólica que no sentísteis nunca en vuestra nacion, aunque os halláseis en ciudades desconocidas y muy apartadas del lugar de vuestra cuna...

Y es que os parece que la campana extranjera habla otro idioma; es que el aire carece de diafanidad y se interpone como un muro entre vos y el horizonte; es que el cielo se os aparta y os niega abrigo, como diciéndoos:—*No te conozco*... Es que la patria existe; es que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre; es que esa patria y esa madre no se pueden reemplazar con otras. Los amores y las aficiones pueden cambiar de término ó de objetivo: el respeto, la gratitud y el temor con que el hijo ama á su padre pueden sentirse alguna vez en cierto grado por un bondadoso protector, por un sabio maestro, por un confesor, por un héroe, por la virtud, por el arte, por Dios...; pero el amor á esas dos madres, que nos llevaron en su seno, que nos nutrieron con su sangre, que nos calentaron contra su corazón, que nos echan de menos en sus entrañas; el amor á esas madres, de las que una nos reclama antes que nacemos y la otra despues que morimos; sentada aquella al borde de nuestra cuna, sentada ésta al borde de nuestra tumba; ese amor, digo, es alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, ser de nuestro ser, como el

eterno tipo de nuestra forma terrena,—que nunca altera sus primitivas líneas, á pesar de la incesante renovacion de nuestro cuerpo.

Mas hé aquí que una puerta se abre, á pocos pasos de la que me sirve de escritorio...

Ya era tiempo de que sucediera algo; pues de no suceder nada, Dios sabe á dónde habria ido á parar la precedente disertacion.

¡Hola!; una jóven sale por la puerta susodicha!—; Extraña fisonomía y extraña vestimenta!—Yo conozco algo semejante...

Sin duda es una judía.

Bien puede serlo.—El gobierno pontificio, ménos meticuloso que los que en otros pueblos imperan en su nombre ó *siguen su política*, practica la tolerancia religiosa.

La judía permanece en frente de la puerta por donde ha salido...

Quizás espera á otra persona.

¡Ecco!—la judía es la criada y ahora sale el ama.

La judía es bella; pero la señorita á quien custodia lo es todavía más.

Ninguna de las dos tendrá veinte años.

La señorita llevá vestido de seda negro, mantilla española, y un devocionario en la mano.—Sin duda va á misa...—¡Madrugadora devocion!

La judía cierra la puerta y guarda la llave.

La señorita nos mira á los pocos personajes que estamos en la calle; mira despues á los balcones de su casa; mira en fin al Correo..., y en esto empieza el segundo toque de misa.

La señorita gira entonces sobre sus menudos piés, y toma calle arriba como atraída por la campana.

En esto la judía se le incorpora; le habla...; y las dos dan otra media vuelta, tornan á bajar la calle, y se dirigen al Correo.

La señorita se para á alguna distancia de la reja de la Administracion, y finge que se arregla el peinado, el vestido y la mantilla, y que está muy sosegada é indiferente.

Pero yo veo que sus hermosos ojos negros no saben dónde fijarse, y que su blanca y fina mano no acierta á encontrar las agujas escondidas entre el pelo...—¡Drama tenemos, sin duda alguna!

Entre tanto, la judía se acerca á la reja: habla con el Administrador de Correos; vuelve al lado de su ama; consulta con ella, y torna á la Administracion.

La señorita se pone muy colorada; échase el velo, y, sin esperar á la judía, toma otra vez el camino de la Iglesia.

A los pocos pasos se para, y vuelve el rostro con disimulo...

¡Oh divina alegría!—La criada corre ya hácia ella, enseñándole una carta.

Riense las dos, ahogando en aquella risa de completo alborozo todos los escrúpulos del miedo, del pudor y de la cortesía, y una vez mano á mano, echan á correr, que no á andar, con direccion al Templo, á cuya

puerta llegan precisamente en el instante en que empieza á sonar el tercer toque de misa.

—¿Y á qué va la judía á misa? me preguntará ahora alguno.

—¿Y á qué va la cristiana? (le replicaré yo). ¡A pensar en la *carta* que ha recibido, y tal vez á leerla!

Pero no seamos hipócritas.—La verdad es que esa escena me ha encantado.

¿Cómo no? En todo lo que acabo de ver hay algo de la *Lucia* de Manzoni, ó de la *Julietta* de Shakspeare.—Es el eterno poema italiano: amor, guerra, misa, criada... ¡todo!

Dígolo, porque yo no dudo que esa *carta* viene de las orillas del Volturno ó de los torreones de Gaeta.

La elegante madrugadora soñará todas las noches que su amante ha muerto en una batalla... y por eso va todos los días á misa, á pedirle por él á la *Madonna*, y llega de paso al Correo...

Porque dicho se está que los padres ignoran estos amores... ó se oponen á ellos...

¡De otro modo no habria *drama*!

Convengamos en que se oponen...

Pero ya está dispuesto el carruaje... y me llaman á él.

¡Adios, *Ferrara*!...—¡Hasta nunca!

Estamos en *Bolonia*.

Cinco horas de paseo en coche por un jardín: hé aquí el viaje que acabo de hacer.

Las diez leguas que separan á *Ferrara* de *Bolonia* son deliciosísimas. Básteos saber que he pasado horas enteras viendo á los dos lados del camino interminables llanuras plantadas de árboles, rigurosamente alineados. Casi todos estos árboles eran frutales ó moreras. Al tronco de cada uno se enredaba una pomposa vid, que nacía á su pié; y, como si esto no fuera ya bastante exigir á la madre Cibeles, los espacios de tierra que mediaban entre los árboles y las cepas se veían sembrados de cereales.—No puede darse mayor fecundidad.

Al atravesar algunos terrenos pantanosos, he visto muchos búfalos domesticados que se revolcaban á su sabor en las aguas estancadas.—Su imponente bramido, muy más formidable que el de su pariente el toro, prestaba una severa voz á aquellas amenas soledades.

Lo primero que divisé al acercarme á *Bolonia*, fué una de sus célebres *Torres inclinadas*—Confieso que no la ví sin emoción, no sólo por su amenazante aspecto, que trae en seguida á la mente ideas de terremoto, sino porque satisfacía una de las primeras y más vivas curiosidades de mi infancia.—*Las Torres inclinadas de Pisa y de Bolonia* figuran en el estrecho y maravilloso cuadro de la erudición de todos los niños de mi tiempo.—¿Quién de nosotros habrá olvidado el asombro con que oyó hablar de ellas á su catedrático de física?

La *Torre* que yo veía era la más estrecha y alta de las dos que encierra *Bolonia*; es decir, la que lleva el nombre de *Asinelli*.—Su mole diagonal se dibujaba sobre la masa azul del próximo Apenino.

Poco después descubrí la otra *Torre*, llamada *Garisenda*, más recia, mucho menos alta, pero doblemente inclinada que la *Asinelli*.—Y ví también innumerables cúpulas, campanarios, castillos, tejados y chimeneas...: el panorama, en fin, de una importantísima ciudad.

Bolonia es, ó era, la segunda Capital de los Estados Pontificios. Su historia se parece bastante á la de muchas ciudades de que ya hemos hablado; pero difiere en la predilección con que siempre la miraron los Papas.—Etrusca en su origen, formó parte sucesivamente del Imperio romano, de las conquistas lombardas y del Imperio de Carlo-Magno. Después fué República independiente, hasta que empezaron á disputársela varios Príncipes italianos, que la ganaron y perdieron muchas veces, abandonándola siempre en poder de los Pontífices. En el siglo XV vuelve á ser República por otro poco tiempo, é, incorporada nuevamente á los Estados de la Iglesia por el inolvidable Julio II, permanece de este modo hasta 1796, que la invaden los Franceses. Aquí empieza otra era de rápidas vicisitudes para *Bolonia*. De los Franceses pasa á manos de los Austriacos: piérdela éstos en Marengo: recóbranla los Franceses: es devuelta al Papa en 1815: sublévase contra él en 1831 (el que hoy se llama Napoleón III tomó una parte muy activa, con las armas en la mano, en aquella guerra contra Roma): es reducida de nuevo por la Santa Sede, con ayuda de los Austriacos: levántase contra éstos en 1848, y lucha desesperadamente durante seis días... ¡Esfuerzo inútil! *Bolonia* inclina otra vez la frente bajo los hierros.—Llega, en fin, 1859; y no bien el Austria retira las tropas con que obligaba á vivir bajo el régimen teocrático á una Ciudad que lleva por lema en su escudo la palabra *Liber-tas*, los boloneses proclaman por unanimidad su incorporacion al naciente Reino de Italia.

Con ser tan interesante y dramática la historia de esta ciudad; al acercarme hoy á ella, no me preocupaban de ningun modo sus vicisitudes políticas. A mí me era familiar bajo otra forma. *Bolonia* había vivido siempre en mi imaginacion como patria de la *escuela de pintura* que lleva su nombre; como arena en que lucharon el llamado *Francia*, los tres *Caracci*, el *Dominiquino*, *Guercino*, *Albano* y *Guido Reni*, y sobre todo, como asiento de las *Torres inclinadas*.—Esta es la verdad.—También resonaba en mis oídos la denominacion de *Doctores de Bolonia*, que han llevado muchos españoles eminentes, y deseaba ver el *Colegio de Albornoz para españoles*, fundado hace quinientos años.

Decía que estamos en *Bolonia*.

La Ciudad se halla rodeada por un muro de ladrillo. Las calles son tristes, irregulares y sombrías. Casi todas tienen pórticos en vez de aceras. La gente me parece habladora y de buen humor. Ello es que el ruido

y la animacion de los transeuntes contrastan con el tétrico aspecto de los edificios.

Bolonia encierra 75,000 almas.—¡Cuántas grandes capitales en tan poco terreno!

Las mujeres son notables por su hermosura, por el lujo con que visten y por su excesivo número.—En cuanto á su sensibilidad, es probada.—Yo sé ya que en *San Petronio* hay un bajo-relieve, hecho por una celebre boloñesa, pintora, escultora, grabadora y música, llamada *Properzia Rossi*, en el cual esta Sapho de las artes se ha retratado bajo la forma de la mujer de Putifar, reteniendo por la capa á un José... en quien todo el mundo reconoció á cierto mancebo de quien la artista estaba perdida-mente enamorada.—La historia, por su parte, cuenta que cuando el rey *Enzius* estaba prisionero en *Bolonia*, una señorita de la poblacion, *Lucia Ventagoli*, visitaba secretamente al real cautivo, añadiendo la tradicion que aquellas melodramáticas entrevistas dieron origen á la ilustre familia *Bentivoglio*.—¡Benemérita ciudad!

• A todo esto, se me olvidaba deciros que encima de todas las puertas de *Bolonia* hay un gran cartel impreso, que dice: ¡*Ewiva il nostro legittimo re Vittorio-Emanuele!*; que en todos los balcones se ven banderas italianas; que en las esquinas se leen anuncios de *Historias* de la dominacion pontificia, cuyos títulos erizan el cabello; que los muchísimos sacerdotes que discurren por las calles, vestidos de aquella elegante manera que describimos al pasar por *Novara*, llevan en el sombrero una escarapela tricolor, y que las dos ó tres personas á quienes he hablado acerca del Gobierno papal, me han respondido en los términos siguientes: «¡*Eso no volverá!*... Nosotros nacimos y moriremos católicos... Pero *eso no volverá*; y antes pereceremos ó emigraremos al fin del mundo, que tolerar de nuevo el despotismo del clero apoyado en los austriacos.»

Y vosotros preguntareis:—«¿Qué diablos habian hecho las autoridades romanas, que tan mal las quieren en *Bolonia*?»

¡Lo que las autoridades romanas habian hecho en *Bolonia*, puede resumirse en una frase: *Se habian aliado con los enemigos de la patria!*

Durante la Guerra del año pasado, los funcionarios pontificios pedian á Dios que otorgase la victoria á los tudescos, á los extranjeros, á los opresores de *Venecia* y de *Milan*, y que se la negase á las águilas latinas!—¡Hacian lo que los *afrancesados* de España en 1808!

Pero almorcemos; que son las doce, y *Bolonia* tiene mucho que ver.

Acabo de almorzar en el *Hotel Brun*, que en otro tiempo fue Templo de Júpiter.—Así lo reza al menos con grandes letras de oro una *Lápida de mármol*, fija en una pared del portal.—Mucho me enorgullece esta circunstancia... ¡Almorzar en un templo de Júpiter!...

En seguida, considerando muy posible (por las razones que os diré despues) que abandone esta misma tarde la Ciudad, cojo mi equipaje y me establezco con él en un coche de plaza.—Este coche será, por lo tan-

to, mi único alojamiento en *Bolonia*, y en él iré escribiendo todo lo que observe.

Mi primera visita es á las *Torres inclinadas*.

Estas se hallan casi juntas, en medio de la Ciudad, en la confluencia de cinco anchurosas calles, y ambas fueron construidas casi á un mismo tiempo, en 1109 y 1110, la una por la familia *Asinelli* y la otra por los hermanos *Garisendi*.

Al encontrarme debajo de ellas, experimento un vértigo y un espanto que no puedo dominar. Parece que me amenazan, que se mueven, que se caen sobre mí, que van á aniquilarme. Yo no comprendo cómo hay quien viva en las casas que se levantan en torno de estas dos *espaldas de Damocles*. Ni ménos me explico cómo *Asinelli* y *Garisenda* se tienen de pie, ó sea *sobre un solo pie*, hace tantos cientos de años!

La torre *Asinelli*, que, como os he dicho, es la mayor, se eleva á una altura de 102 metros, y tiene cerca de metro y medio de inclinacion fuera de la perpendicular.

La altura de la *Garisenda* es de 42 metros, con dos y mediodo inclinacion hácia el Este y medio hácia el Sur.

El remate de ésta es cuadrado. La otra, más elegante en todo, termina en una especie de cúpula que sostiene una enorme cruz de hierro.

En 1779 hubo un terremoto en *Bolonia*, y todo el mundo temió que las dos *Torres* viniesen abajo. Pero, medidas al día siguiente, se encontró que su inclinacion no habia aumentado ni en una línea.

Algunos años despues, en 1813, volvieron á ser medidas, y entónces se advirtió que la *Garisenda* se habia inclinado desde 1779 cerca de medio metro!...

¡ Y aún hay quien duerma á su sombra!

Desde las *Torres*, tomo por la *Strada di San Donato* y me dirijo á la *Academia de Bellas Artes*.

La *Galería de Cuadros* de esta Academia es una de las más importantes de Italia, pues que posee las principales obras de la escuela boloñesa.

Aquí admiro dos cuadros de Francesco Raibolini, vulgo *Francia*, el más original y acaso tambien el más ilustre pintor de *Bolonia*.—Estos dos cuadros son una *Madonna* y un *San Sebastian*.

Francia es un artista lleno de unción, de misticismo, de poesía. Recuerda á Beato Angelico y á Perugino, y excede en ternura al mismo Rafael. Casi todas sus obras maestras se hallan en Viena y Munich. Sin embargo, todavía encontraremos algunas de ellas en el Mediodía de Italia.

Los otros grandes pintores de la escuela boloñesa carecen de originalidad, de espíritu propio. Enclavada esta ciudad entre Venecia, Milan, Florencia y Parma, sus artistas reflejan indistintamente la inspiracion de Ticiano, Vinci, Rafael y Corregio.—De aquí la calificacion de *plagiarios* que se ha dado á los grandes maestros de *Bolonia*.

Agustin Caracci, el menor de los tres pintores de este apellido, tiene aquí dos magníficos cuadros: *la Ultima Comunión de San Gerónimo* y *la Asunción*.—Este es un plagio servil de la *Asunta* de Ticiano que hemos visto en Venecia. El otro ha sido plagiado á su vez por Dominiquino.—Y ; cosa extraña! los dos plagios son superiores á sus modelos.—La *Asunción* de Caracci es más ideal, más vehemente, más viva, y por supuesto más religiosa que la de Ticiano.—La *Ultima Comunión* del Dominiquino (que se halla en el Vaticano, en frente de la *Transfiguracion* de Rafael, y que, al decir de algunos, la eclipsa y oscurece) goza de una celebridad que no ha alcanzado ni con mucho la *Ultima Comunión* de Caracci.

Luis Caracci, primo del anterior, tiene en este Museo una obra de primer órden (la *Virgen de la Gloria*); pero los boloñeses le dan mucha más importancia á la *Madonna della Pietà* de Guido Reni, que ocupa el lugar preferente de la Galería.—Yo creo que en este juicio ha entrado por mucho la devocion; pues hay que tener presente que en la parte baja del cuadro de Guido figuran los Santos Patronos de *Bolonia*.

No diré lo mismo de su célebre *Crucificado*.—Este cuadro bastaría á la gloria de un artista.—Cristo está en agonía en la soledad del Gólgota. El pueblo y los verdugos se han marchado. Es de noche; pero no una noche natural, sino la noche milagrosa y terrible que vino sobre el mundo al expirar el Redentor. Las tinieblas* del eclipse no podían ser pintadas por nadie mejor que por Guido Reni. *La luz incierta y pálida* que los críticos han censurado en todas sus obras, es aquí una belleza, lejos de ser un defecto. Diríase que el silencio, el horror y el luto del alma han encontrado colores en la paleta del artista. Jesús dirige los ojos al cielo por la última vez. Al pie de la Cruz, la rubia Pecadora, abrazada al leño, expresa admirablemente aquella singular pasion que es uno de los más bellos afectos de esta sublime tragedia. María, de pie, clásica, hermosa, contando los últimos suspiros del Moribundo, es la estatua del más grande dolor que ha sufrido el corazon humano. ¡Qué nobleza! ¡Qué magestad en esa patética figura!—San Juan, el dulce y sensible Apóstol, es hombre al fin, y como que protesta!—¡Supremo y angustioso instante! ¡Qué recogimiento! ¡Qué muda elocuencia! ¡Qué tinieblas en esas almas!—Parece imposible que haya tanta vida en tanta muerte.

Pero todavía no es ésta la obra capital que encierra el Museo...—¡Hé aquí á Rafael!—¡Hé aquí su *Santa Cecilia*!...—Cuando Rafael se inspira verdaderamente, todo calla, todo palidece, todo se marchita en torno suyo.

Santa Cecilia, rodeada de cuatro Santos, uno de ellos San Pablo, oye un Concierto de Angeles. Estos Angeles ocupan la parte alta del cuadro. La Joven siciliana y los Bienaventurados que la cercan han caído en un delicioso éxtasis. Santa Cecilia, la inspirada Música, la Euterpe cristiana, sostiene ya apenas el salterio, que se le cae de las manos..., como vencido por aquella melodía de la Gloria. A sus pies se ven los instrumentos y atributos de la música terrestre, declarando tambien su impotencia y

nulidad.—En este cuadro callan y lloran todos los personajes, como en el *Crucificado* de Guido; pero su recogimiento es glorioso; sus lágrimas son como un rocío del cielo; su silencio está lleno de voces, como el sueño del *medio-punto* de Murillo está lleno de vida eterna.—Santa Cecilia, bella sobre toda ponderacion, niña y santa, con la faz levantada al cielo, parece inundada de una inefable melancolía, cual si aquellos cantos le trajesen el recuerdo de su *patria*. San Pablo, el varon fuerte, se acaricia la barba con blando ademán y frunce el entrecejo al sentirse conmovido. Las demás figuras (excepto la de San Pablo, demasiado vigorosa para una escena tan ideal y suave) son dulces y bellas en grado sumo.—El dibujo... es de Rafael, y está dicho todo.—En cuanto al color, aunque peca de duro y de intenso, resulta más agradable que el del *Pasmo de Sicilia*.

Un cielo, azul turquí muy oscuro, hace resaltar los contornos clásicos de tan soberana composicion.—Yo creo que Rafael usaba estos fondos y este *color*, deliberada é intencionadamente. Sus figuras se recortarian mal sobre términos más vagos. Sus obras parecen hechas para campeañ sobre oro, como las de los siglos precedentes.

Tambien son muy de notar en estos salones, á pesar de su falta de novedad y de inventiva, algunos cuadros del *Dominiquino*, especialmente el *Martirio de Santa Inés*, el *Martirio de San Pedro* (plagio ó parodia del de Ticiano) y una *Virgen del Rosario con el Niño Jesús*.

En este último lienzo se nota algun fuego, alguna inspiracion. El Niño Jesús esparce rosas y rosarios, como recomendando á los hombres que rindan culto á María.

En otro lado se ve una *Asuncion* de Perugino, fruto precioso de la fé y del arte.

Finalmente, *Albano*, el pintor mitológico, el autor de la *Danza de los Amores*, tiene aquí algunos buenos cuadros religiosos, entre los cuales me sorprende y cautiva extraordinariamente uno que representa el *Bautizo de Jesús*. Pero se me hace tarde y me queda mucho que ver en otros edificios...—Cerremos el libro de memorias, y partamos.

Una vez fuera de la Academia, hágame conducir á la *Plaza Mayor*, situada en el centro de *Bolonia*.

Esta Plaza es sumamente bella. Fórmanla la *Basilica de San Petronio*, el *Palacio Público* y el *Palacio del Podestá*, y en medio de ella hay una magnífica *Fuente de Neptuno*, obra del famoso escultor *Juan de Bologna*.

En esta *Fuente* son de notar cuatro hermosas Sirenas desnudas, que se oprimen con ambas manos los voluptuosos y abultados pechos hasta hacerles brotar raudales de agua.—Semejante reminiscencia de la *via lactea*, tal como la explicaba la mitología griega, no es muy propia que digamos de la plaza pública de una ciudad gobernada por Cardenales.

El *Palacio público ó del Gobierno* data del siglo XIII, y fué concluido

en el siglo XV.—Entre los adornos de la fachada figura una *Estátua de Gregorio XIII*, que pasa hace tiempo por Efigie de San Petronio.—Esta piadosa mentirilla fué absolutamente necesaria para evitar que los boloñeses la arrastrasen por las calles á fines del siglo pasado, como hicieron los ferrareses con la del Papa Alejandro VI.

En el *Palacio del Podestá* visito la Sala donde se reunió el Cónclave que eligió Papa á *Baltasar Cossa* con el nombre de Juan XXIII, en tanto que parte de la cristiandad obedecía como á Sumo Pontífice al español *don Pedro de Luna*, residente en Peñíscola, bajo el nombre de Benedicto XIII, y mientras que otra parte no pequeña de Europa se sometía á *Angelo Coriario* (Gregorio XII), que presumia tambien de ocupar la verdadera Silla de San Pedro.—¡Qué cosas han pasado en el mundo! ¡Y luego nos asombramos de las que suceden hoy!

Cerca de la *Plaza Mayor* está la *Universidad vieja* (ó sea el *Archigimnasio*), una de las más antiguas del mundo.—(La *Universidad nueva*, sumamente notable por los Museos y Gabinetes de Ciencias físicas y matemáticas que encierra, se halla en un hermoso Palacio construido en el siglo XVI en la *Strada di San Donato*).

La *Universidad vieja* me hace el efecto del cráter frio de un antiguo volcan.—Ella fué, durante la poética barbarie de los Tiempos Medios, la única luz que alumbraba la alta Italia. Otros muchos pueblos de Europa volvian anhelantes los anublados ojos hácia sus vivos resplandores, como hácia Salamanca, Oxford y la Sorbona de París, oasis del saber en el desierto de la ignorancia.—Hoy reina el silencio en la primitiva Universidad boloñesa.

Habia tambien en estas célebres aulas la gran particularidad de que era permitido á las mujeres ejercer en ellas el magisterio, contándose de muchas sapientísimas *catedráticas*, que explicaron aquí jurisprudencia, filosofía, medicina y ciencias naturales.—Una de estas doctoras, llamada *Novella*, heredó la cátedra de su padre en 1360; pero era tan jóven y tan linda, que se veia obligada á explicar detrás de una cortina, á fin de que sus hechizos no distrajeran al auditorio.—Tambien han dejado nombre la profesora de griego *Clotilde Tambroni* y la gran matemática y latina *Gaetana Agresi*, asombro y envidia de los primeros sabios de Milan.

Por los tiempos de la hermosa *Novella* fué cuando don Gil Alvarez Carrillo de Albornoz, arzobispo de Toledo, fundó en Bolonia el *Colegio para españoles* de que hemos hablado antes (1).—Este *Colegio* existe to-

(1) Este ilustre prelado nació en Cuenca á principios del siglo XIV, y fué tan insigne por su ciencia y sus virtudes, como por sus dotes especiales de hombre de Estado y de esclarecido guerrero. El rey Alfonso XI, á quien habia salvado la vida en una batalla, le tuvo siempre en grande aprecio; pero su hijo don Pedro el Cruel lo trató con tanta injusticia, que tuvo que refugiarse á Avignon al lado del papa Clemente IX, quien lo nombró cardenal. Más tarde, Inocencio VI le dió el mando de sus tropas á fin de que sometiese al poder de la Iglesia la ciudad de Roma y todos los Estados Pontificios, lo cual logró Albornoz en pocos años, teniendo la gloria de llevar á la ciudad eterna á Urbano V, sucesor de Inocencio VI, y ponerle en pose-

davía, como todo el mundo sabe; pero España lo tiene completamente abandonado.—Yo he preguntado en la portería si había en él algunos colegiales españoles, y me han contestado que el *Colegio* no reconoce más dueño que el Rey de Italia, y que los colegiales españoles de *Bolonia* pertenecen á la historia antigua.—Podrá ser cierto desgraciadamente; pero el Colegio y sus pingües rentas son *propiedad* de España; aunque España no se dé por entendida de ello (1).

Al paso que voy haciendo estas visitas, entro en algunas *Iglesias* de las innumerables que encierra *Bolonia*.

La *Catedral* se parece, más que mi fonda, á un Templo de Júpiter. El interior es corintio, no del Renacimiento, sino estrictamente pagano. Ni tiene cúpulas ni casi segundo cuerpo. Altísimas pilastras sostienen una aplanada bóveda, que pudiera llamarse techo.—Así y todo, esta gran nave respira cierta grandiosidad, que, si no es religiosa, no deja de ser artística.

Pero la Iglesia favorita de los boloñeses, así como la más ilustre y bella de la ciudad, es indudablemente la basílica de *San Petronio*, patron de *Bolonia*.—Esta Iglesia fue votada por aclamación popular cuando *Bolonia* se declaró independiente en el siglo XIV, y, para edificarla, empezaron por derribar *ocho iglesias* que había agrupadas en un mismo punto. El plan era construir un Templo mayor que todos los conocidos hasta entonces; y en verdad que hubiera sido inmenso, á no haberse abandonado la obra cuando apenas estaba levantada una de las cuatro naves que debía tener. Sirve, pues, hoy de Basílica un fragmento del primitivo plan; y, sin embargo, *San Petronio* es la iglesia más grande de *Bolonia*, y una de las mayores que he visitado en parte alguna.—Su estilo es gótico italiano. La fachada no está tampoco concluida; pero ostenta preciosidades esculturales y arquitectónicas dignas de prolijo estudio. Las puertas, sobre todo, son verdaderos prodigios.—Sobre una de ellas (¡qué tenacidad!) hubo en algún tiempo una magnífica Estátua de bronce del Papa Julio II, modelada por *Miguel Angel*; mas hé aquí que el pueblo se desencadenó un día, allá por los años de 1511, y sin respetar al Pontífice ni al artista, derribó la Estátua, la arrastró, la rompió en mil pedazos y concluyó al fin por fundirla y hacer con ella un cañon.—¡*Mihi quoque!* debió de exclamar el Arte compungido, encarándose con su madre Italia.—Por lo demás, el interior de *San Petronio* está cubierto de excelentes cuadros, bellas esculturas, vidrios de colores, y otras muchas joyas artísticas.

Sin embargo, como ornamentacion, tiene que ceder la palma á la Iglesia de *San Domenico*.—Santo Domingo, el fundador de la órden religiosa que lleva su nombre, vivió y murió en un Convento que aún se alza al lado de esta Iglesia, erigida en honor suyo y para que encerrase,

sion de cuantos territorios había perdido la Santa Sede.—Albornoz se retiró entónces á Viterbo, donde murió siete años despues.

(1) Cuando se publica esta segunda edicion, el Colegio de *Bolonia*, reivindicado por nuestro Gobierno, alberga otra vez alumnos españoles.—N. DEL A.

como encierra, su venerado cuerpo. — La *Capilla de Santo Domingo* es tan rica y mucho más bella que la de San Antonio de *Pádua*. — Pinturas, esculturas, ricos mármoles, plata, oro, pedrería, todo contribuye aquí también á hermostear la Tumba del Santo.

Pero la obra verdaderamente maravillosa, la que tendrá pocos rivales en el mundo, es la misma urna sepulcral; llamada *l'Arca*.

Débase ésta en su mayor parte al célebre *Juan de Pisa*, que es como quien dice al Giotto de la escultura, al Dante de la arquitectura. — Toda ella está cubierta de bajo-relieves que representan episodios de la vida de Santo Domingo; pero con tal gracia, con tal sentimiento, con tanto amor, que se creerian más bien visiones del éxtasis de un bienaventurado que frutos de la inspiracion de un artista. — *Juan de Pisa*, el gran precursor del Renacimiento, tardó treinta años en labrar este Sepulcro, y lo terminó en 1231. — Sólo esta fecha bastaria para indicar la importancia de tan peregrina obra como monumento de la historia del arte.

Otro de los Templos notables de *Bolonia* es *San Stefano*, formado por la reunion de *siete iglesias* pequeñas y de diferente plan y arquitectura. Entre ellas las hay del siglo XI y del siglo XVII. El conjunto de tan heterogéneos edificios y su complicada trabazon producen en el ánimo una perplejidad semejante á la que nos causa un rápido y completo estudio de la disciplina de la Iglesia.

Pero empieza á oscurecer. Demos por terminada la visita á *Bolonia*, y pensemos en la manera de continuar nuestra peregrinacion.

Tengo que optar entre dos partidos:

El primero es seguir mi primitivo plan; dormir esta noche en el *Hotel Brun*, y salir mañana para *Florenzia*, á donde se va en el coche-correo, ó sea en la *mala-posta*, atravesando el Apenino por sus mayores fragosidades, y empleando diez y ocho horas, — si los torrentes no cortan el camino, como sucede con frecuencia.

El segundo es dirigirme en este mismo instante á la Estacion del Camino de hierro... (se me habia olvidado decir que en *Bolonia* hay un ferrocarril, muy reciente por más señas — posterior á la *anexion*) y pedir un billete para *Módena*, á donde se llega en hora y cuarto. De *Módena* pasaria á *Parma*; de *Parma* á *Génova*; en *Génova* me embarcaria para *Liorna*, y en *Liorna* tomaria el camino de hierro, que me llevaria á *Florenzia* en dos ó tres horas.

Las ventajas y desventajas del primer medio pueden resumirse de este modo: — *Unicas ventajas*: — Ver hermosos paisajes en el Apenino, y llegar pasado mañana, lo más tarde, á la encantadora *Florenzia*. — *Desventajas seguras ó posibles*: — Pasar todo un dia y toda una noche en diligencia: helarme en las cumbres del Apenino: no ver ninguna ciudad: encontrar ladrones: volcar: ser detenido por los torrentes, ó arrastrado por ellos: no ver las célebres capitales de la *Emilia*... etc., etc.

Resumen del segundo medio: — *Unicas desventajas*: — tardar ocho

días, en vez de uno, en llegar á *Florenxia*, y hacer un viaje de siete horas por mar.—*Ventajas* indudables: viajar en ferro-carril: ver á *Módena*, que es, como quien dice, *todo un Reino en miniatura*: ver á *Parma*.... esto es, todo otro Reino: admirar en *Parma* los cuadros y los frescos de Corregio, el poeta de la pintura: acordarme de Alejandro Farnesio: visitar su Palacio: creerme allí en una provincia de España: ver á *Génova*... (¡Figuraos lo que será ver á *Génova*, la patria de los Doria y de Cristóbal Colón, la rival de Venecia!...); ver también á *Liorna*....—y de todos modos, llegar al fin y al cabo á *Florenxia*.

—¡Ah! sí; ¡pero no mañana mismo!...

—¡Ah! ya; pero sin helarme en esos desiertos montes...

—¡Esos desiertos montes son el Apenino!

—¿Qué me importa ver el Apenino? ¡Yo he atravesado los Alpes!

—Pero no el Apenino...

—El Apenino se atraviesa también para ir á *Génova*, y además, lo encontraré luego entre *Florenxia* y *Roma*.

—Pero ahora vas á retroceder en tu viaje y á desandar las ciento cincuenta leguas que has andado desde los Alpes al Adriático.

—Sí; pero retrocedo por otro camino, y veo toda *la Emilia*; es decir, veo á *Módena*, *Reggio*, *Parma* y *Plasencia*, que de otro modo se me quedarían atrás...

—Bien; pero es el caso que el tren para *Módena* sale dentro de un cuarto de hora...

—¿Y qué?

—Que no hemos comido...

—Comeremos en *Módena*, á donde se llega en una hora y siete u ocho minutos.

—Sí; pero...

—No hay pero que valga. En este mismo instante podemos echar á andar. El equipaje va con nosotros.

—Yo preferiría que lo pensáramos despacio esta noche, y que por la mañana resolviéramos...

—Esa es demasiada lentitud para este siglo...

—Tengo sueño...

—¡Acabáramos!

—¡Es que nos hemos levantado á las cinco! Recuerda que hoy nos amaneció en *Ferrara*; que hemos hecho un viaje en posta; que hemos visto despues toda una Capital...

—Razon de más para dormir en otra.

—Esta noche iríamos al Teatro... En *Bolonia* hay cuatro teatros. *Il Comunale*, *el Teatro Contavalli*, *el Teatro del Corso* y *L'Arena del Sole*...

—Y ¿quién te ha dicho que no hay teatros en *Módena*?

—¡Dará gusto de verlos! *Módena* ha vivido hasta el año pasado bajo el más bárbaro despotismo. El Duque de *Módena* era un coronel aus-

triacos que no habia reconocido á la España constitucional ni á Napoleón III... ; Buenos teatros habria en la que fué su Corte!

—Esa no es regla. San Petersburgo y Roma tienen muy buenos teatros.—Pero hé allí un cartel que nos sacará de dudas.—¡Lee, mal que te pese!—*Teatro Reale de Módena...*

—¡Qué necesidad! ; fijar en las esquinas de un pueblo los anuncios de los teatros de otro!

—No hay tal necesidad cuando esos pueblos se comunican en sesenta y siete minutos.—Leamos el cartel:

TEATRO REAL DE MODENA.

GRAN FUNCION PARA HOY 19 DE NOVIEMBRE DE 1860.

La bellissima Tragedia del inmortal Alfieri,

VIRGINIA.

EN LA QUE TOMARÁ PARTE EL EGREGIO ARTISTA

ERNESTO ROSSI.

A las ocho y media.

NOTA. *La funcion terminará antes de las doce, para dar lugar á que los forasteros puedan volver á sus hogares en los trenes que salen á media noche para Bolonia y Parma.*

—¿Qué me dirás ahora? ; *Alfieri*, el primer poeta trágico del siglo! ; *Virginia*, una obra maestra de *Alfieri*! ; *Rossi*, el más grande actor de Italia! —¿Te parece poco todavía?

—Estoy convencido: vámonos á *Módena*.

—¡Cochero; al ferro-carril!

—Pero que no se te olvide que hemos de comer antes de ir al teatro...

—¡Hombre! descuida en mi prudencia; que yo, aunque aficionado á la poesía, tambien tengo mis puntas de mortal.

(Dicho se está que esta controversia la mantuvieron mi *Cuerpo* y mi *Alma*).

LIBRO SÉTIMO.

MÓDENA Y PARMA.

ADVERTENCIA,

ESCRITA

PARA ESTA SEGUNDA EDICION.

Pocos años despues de publicarse el presente libro, mereció la singular honra de que un noble y fiel servidor de Francisco V de Este, último Duque de Módena, el señor *Conde de Galvans* (que no habia abandonado en la desgracia á su augusto amo), recibiese el encargo de refutar la arte de este Capítulo que se refiere al antiguo Ducado modenés, por considerarse que yo habia tratado con injusticia al Gobierno de aquel Príncipe.

Creo, pues, de mi deber insertar hoy aquí una traduccion del trabajo del señor Conde; traduccion tanto más literal, cuanto que la ha hecho un distinguido absolutista (1).

Ni se limitará á esto mi generosidad, sino que la llevaré hasta el extremo de no replicar cosa alguna al defensor de Francisco V, á fin de no aumentar la amargura de una augusta familia que cuenta ya diez y ocho años de destronamiento y de expatriacion, sin que en todo este tiempo se haya alzado ni una sola voz en sus antiguos dominios pidiendo que la Dinastía de los Este vuelva al trono de sus mayores.

Hé aquí la refutacion del señor Conde de Galvans:

«Segun aparece del contexto (del libro de *Madrid á Nápoles*), las impresiones del Viaje á Módena se escribieron en 1860, y por consecuencia

(1) El señor don José María Carolla, en su obra titulada *Roma en el Centenar de San Pedro*. (Madrid—Gaspar y Roig—1868).

no es maravilla que el escritor encontrase aún á los patriotas italianos en estado de febril agitacion. Verdaderamente sería de desear que el mismo señor se tomase la molestia de hacer el viaje otra vez, y de ir á la misma fonda donde hace años recogió tantas noticias. Seguro estoy de que si encontraba alguno de sus comensales de entónces, se persuadiría, no solamente de que aquel entusiasmo no ha ido en aumento, sino tambien de que no se habla hoy del Gobierno Estense como hablaban algunos en el año 1860. Vería sin duda clarísimamente que aquel brio y aquella esperanza han sido reemplazadas por el mayor abatimiento y por el desengaño más grande.

»Como las acusaciones fulminadas contra la dominacion Estense han sido rebatidas cien veces, paréceme que honraria demasiado la falsa relacion de viaje que tengo á la vista, si contestara y desvaneciera las falsedades que contiene. Escribiré solamente algunas líneas.

»Prescindiendo de las inexactitudes referentes á la historia y á la estadística, me limitaré á decir que el *tirano* Francisco IV, durante su reinado, que duró desde el año 1814 hasta el año 1846, hizo ajusticiar á ménos rebeldes que todos los demás soberanos á quienes la fama llamó generosos y liberales. El ódio que le profesan los revolucionarios se debe á la circunstancia de no haberse dejado engañar nunca por ellos, como tambien á la de no haber querido transigir jamás con la revolucion ni reconocer á los gobiernos creados por la misma. Si los demás soberanos, ó por lo menos algunos de ellos, hubieran imitado su ejemplo, es seguro que la revolucion no dominaria hoy en Europa.

»Por lo que hace al hijo y sucesor de Francisco IV, me bastará decir que durante los tres años de su reinado no condenó á ninguno á la pena capital.

»Con respecto á la Constitucion, no pudo retirarla, porque no la habia dado. Carece por consecuencia de fundamento el diálogo entre el Duque y los modenese que el autor publica en su libro y somete á la consideracion de sus lectores: es parte de su fantasía poética. Me consta positivamente.

»El camino de hierro que alaba, suponiéndolo obra del Gobierno italiano, estaba casi concluido cuando partió S. A. R. el señor duque de Módena en junio de 1859. Prueba de ello es que aquel pudo inaugurarse muy pronto.

»Todo lo que me consta referente á la Constitucion, es que en 1848 declaró el Duque que habia concedido una forma de gobierno en consonancia con las adoptadas por los Estados limítrofes. Ahora bien. Como en el trascurso del tiempo que medió desde la restauracion de los gobiernos legítimos de Italia, despues de la revolucion de 1848, todos los Estados confinantes con el ducado de Módena, á escepcion del reino de Cerdeña, retiraron las Constituciones dadas, y restablecieron el gobierno absoluto, cesó la condicion establecida por Francisco V para concederla á sus súbditos. Y ciertamente que el gobierno de un pequeño Estado no hubiera

podido funcionar, á elegir una forma distinta de las demás, adoptadas por sus vecinos más fuertes.

»No es verdad que se sacrificaban los intereses del Estado á los del Austria. Francisco V, como Archiduque de Austria, estaba en relaciones de parentesco con la Casa imperial; pero la prueba de que no existia el prétendido vasallaje, está en que se disolvió la liga aduanera, despues del término de prueba, por considerarse inconveniente á la generalidad de los súbditos.

»En fin, puede afirmarse con seguridad que los comensales no eran modenenses, ni del Estado que regia Francisco V. Módena era en 1860 sede del Gobierno de la Emilia, y eran por lo tanto extranjeros muchos oficiales que tenian el compromiso de sostener lo nuevo y de calumniar lo pasado.»

Hasta aquí el fiel servidor de Francisco V.

Leed ahora la relacion de mi viaje á *Módena*, tal como la escribí hace diez y siete años dentro de los muros de aquella insigne ciudad.

I.

MÓDENA. — EL ALBERGO DE SAN MARCOS. — UN FOCO DE HISTORIA. — EL TEATRO DUCAL, AHORA EL REAL. — RECUERDOS DE LILLIPUT. — EL *ACTOR ROSSI. — UN PASEO POR LA EX-CÓRTE. — PALACIO DEL EX-DUQUE. — LA VIA EMILIANA.

Han pasado dos horas..., y ya hace rato que estoy en la que há pocos meses era capital de *otro Reino*... — Es decir: estoy en *Módena*.

Escribo estas líneas en el *Albergo de San Marcos*, ó más bien dicho, en una *Trattoria* que hay debajo de él. — El equipaje está en el *Albergo*: yo acabo de comer en la *Trattoria*.

El viaje de Bolonia á esta ex-córte no merece ser contado; pues lo único notable que he advertido en él ha sido su propia insignificancia, su facilidad, su rapidez, su monotonía. — Sesenta y siete minutos de cruzar una llanura, ó parte de una llanura, por un ferro-carril enteramente recto...: hé aquí todo.

— La antigua *frontera* entre los *Estados-Pontificios* y el *Ducado de Módena*, estaba en la aldea de *Castel-Franco*, donde nos hemos detenido diez minutos, por ser hoy estacion del camino de hierro; pero donde no hay rio, monte, barranco ni ninguna otra linde trazada allí por la naturaleza para separar dos *naciones* ó tan siquiera dos comarcas. — ¡Lo que no sé es si el año pasado correria á lo largo de la *pretendidá frontera* alguna de aquellas redes que han dado origen á la palabra *redil*, con que rodean los pastores su rebaño para que no se confunda con el del vecino.

En cuanto á la ciudad de *Módena*, hállase cercada de fuertes murallas.—Nosotros hemos entrado en ella por la *Puerta de Bolonia*, en que principia el *Corso della via Emilia*, magnífico *boulevard* que atraviesa la poblacion de extremo á extremo.—Este *corso* (ya lo dice su nombre) forma parte de la antigua *Via Emiliana*, construida por los emperadores romanos para poner en comunicacion á Roma con *Ariminum* (hoy *Rimini*), pasando por Pisa y Plasencia; y de aquí ha tomado el nombre de *La Emilia* toda la parte de Italia que se extiende entre el Po y el Apennino, desde la region oriental de la ex-Legacion de Bolonia hasta los límites del ex-Ducado de Plasencia.

Módena, por lo que hasta ahora he visto, es una hermosísima ciudad. Las calles, anchas, rectas, enlosadas, algunas con pórticos y todas profusamente alumbradas de gas, estaban hace poco, cuando yo pasé por ellas en busca del *Albergo*, inundadas de transeuntes, entre los que figuraban muchos soldados, muchos milicianos y algunos garibaldinos con camisas encarnadas.—Todo el mundo hablaba alto, reia mucho, cantaba fuerte, miraba con arrogancia y andaba con ufanía... Innumerables organillos, violines y arpas tocaban en todas las calles (y tocan aún en este momento á la puerta de la *Trattoria*) los himnos patrióticos de que ya os he hablado varias veces. En los balcones ondean mil y mil banderas tricolores (blancas, encarnadas y verdes) con la *Cruz de Saboya* en medio. Las esquinas, las puertas, los carruajes públicos, los cristales de las tiendas, todo está lleno de tarjetones con *Vivas á Victor Manuel*.—No hay que dudarlo: *Módena* se halla ébria de gozo, loca de amor patrio, olvidada de sus pasados infortunios...

¡Oh! ¡si *Francisco V* viese en este instante á su antigua córte!

A propósito de *Francisco V*, voy á deciros (en tanto que es hora de ir al teatro) algunas de las cosas que me han contado varios patriotas de la ciudad, con quienes he comido en mesa redonda, y que empezaron por hacerme algunas preguntas *sans-facon* acerca de mis ideas, para concluir por explicarme familiarmente las suyas, y toda la historia de este lilliputiense reino.—Quien conozca á los italianos, sepa lo que es un liberal triunfante y haya tenido que ver con la milicia nacional de cualquier país, no extrañará la improvisada y cordial franqueza que me han dispensado mis comensales...

El *Ducado de Módena* (comprendiendo en él el Estado de *Massa-Carrara*, que le pertenecía últimamente) tenia diez y ocho leguas españolas de máxima longitud, por unas diez y seis y media de anchura. Su poblacion se calculaba hace dos años en 600,000 almas, de las que sólo encerraba la capital unas 32,000. La religion del Estado era la católica; pero se toleraban las demás, contándose en el Ducado 200 protestantes y 2,700 judíos.—El ejército, en tiempo de paz, constaba de 3,500 hombres.—El presupuesto de gastos ascendia á 36.000,000 de reales.—La vid, la seda y la explotacion de los célebres mármoles de Carrara eran (y

son) los principales productos del país. — El territorio estaba dividido en seis provincias: Módena, Guastalla, Frignano, Garfagnana, Massa-Carrara y Lunigiana, y Reggio. — El Gobierno era monárquico absoluto, con cinco Ministros y un Consejo de Estado. — Un *Delegado* administraba cada provincia. — Las ciudades de segundo orden tenían un *Podestá*, y las de tercera, un Síndico (*Sindaco*).

La historia *antigua y media* de Módena es, sobre poco más ó ménos, la de todas las ciudades del Norte de Italia, que ya hemos referido varias veces. Conque vengamos á tiempos más modernos.

Módena se dió en el siglo XIII á *Obizon II* de Este, que reinaba en Ferrara. — *César de Este* trasladó la córte á *Módena* á principios del siglo XVII. — *Francisco I*, nieto suyo, compró á España el Principado de *Correggio*, y mandó los Ejércitos franceses. — *Francisco III* fue Generalísimo de los Ejércitos españoles en la Guerra de Sucesion, lo cual le costó su Ducado, que le devolvimos en la Paz de Aquisgram. — Su hijo *Hércules III* tuvo que emigrar, dejando sus Estados en poder de los ejércitos republicanos de Francia. — *Módena* formó luégo parte de la República cisalpina, y despues del Reino de Italia, ó sea del imperio Napoleónico.

Estamos casi en nuestros tiempos. — *Francisco IV*, nieto de *Hércules III*, y educado en la emigracion (donde habia reinado nominalmente su padre *Fernando*, Archiduque de Austria y tirano de la Lombardía), entró en *Módena* en 1814, á la edad de treinta y seis años, y tomó posesion del trono ducal de sus abuelos maternos. — Desde luégo se mostró acérrimo enemigo de toda idea liberal, y, apoyado en el Austria y en los Jesuitas, estableció el *gobierno-modelo* de la *Restauracion*. Nadie fué tan lejos como él en fanático amor al antiguo régimen y en el desprecio y olvido de todo lo que habia pasado en Europa desde 1789 á 1815, de cuyas resultas, en 1831, secundaron los modenenses el movimiento revolucionario de Bolonia y arrojaron del trono y del país al intransigente tiranuelo. Pero este tiranuelo era Archiduque de Austria, y volvió al frente de 15,000 tudescos, que lo restablecieron en el *amor y obediencia* de sus súbditos. Entonces empezaron las represalias: *Francisco IV* mandó á los austriacos que lo vengasen, y éstos saquearon, incendiaron, hirieron, ahorcaron á su sabor durante algunos meses, hasta que el país quedó completamente tranquilo, con lo cual se marcharon los extranjeros, prometiéndole al duque hacerle nuevas visitas cuantas veces creyese oportuno afianzar y garantir la felicidad de sus italianos.

Una vez solo entre sus amados súbditos (entre su medio millon de hijos), *Francisco IV* publicó un Manifiesto clasificándolos en cuatro especies: *fidelissimi*, *fideli*, *traviati* y *congiurati*. A los *fidelissimos* les prometia grandes recompensas: á los *fieles* les aconsejaba que lo quisiesen con más fervor: á los *extraviados* los compadecia y perdonaba con tal que acreditasen con su conducta un firme propósito de enmienda; y á los *conjurados* les ofrecia ahorcarlos tan luégo como los cogiese. No contento con esto, fundó un periódico, titulado *La Voce della Verità*, en que, así él

como su esposa María Beatrice, escribieron más de un artículo elogiando su gobierno paternal y jactándose de no haber reconocido á Luis Felipe. —Entre tanto, el *Almanaque Oficial* del Ducado ponía entre los Reyes reinantes de Europa á Carlos X, que estaba desterrado en Bohemia; á Fernando VII de España, áun despues que habia muerto, y á don Miguel de Portugal, que se hallaba proscrito en *Módena* y se sentaba á su mesa. — Isabel II y María de la Gloria eran para él dos mitos, como Luis Felipe, como la Revolucion francesa, como Napoleon y sus hermanos, como el siglo XIX, como las ideas y los sentimientos de los ciudadanos de *Módena*.

Para sostener este anacronismo absurdo, aquel cadáver de gobierno, galvanizado por la demencia, valiése de medios tan terribles como ingeniosos, mereciendo entre ellos especial mencion el de ganarse á la más inmunda plebe (*i facchini*) por medio de licenciosas concesiones; regimentarla bajo el mando de un coronel; armarla de bastones, y permitirle apalearse impunemente á los liberales. — Algo de esto se vió en España, al decir de nuestros mayores, no hace muchos años, y de igual modo tambien se mantuvieron en el trono los tres últimos reyes de Nápoles.

Así las cosas, aconteció que un dia se le antojó á *La Voce della Verità* llamar CUADRUPEDE *alleanza* á la *cuádruple alianza* firmada entre España, Francia, Inglaterra y Bélgica para asegurar la independenciam de esta última nacion y mantener á Isabel II en el trono que le disputaba su tio. La Inglaterra, que llevaba entonces en Europa la voz cantante, sintióse herida por tan grosero agravio y exigió al Duque de *Módena* que suprimiese inmediatamente *La Voce della Verità*; y, en tales términos vino formulada la exigencia, que el periódico no volvió á publicarse. — Semejante contratiempo afectó sobremanera al pobre Fernando IV, y desde aquel dia prohibió en sus Estados todo género de publicaciones; *se declaró enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros* (1); negó á sus súbditos el derecho de asistir á Congresos científicos internacionales, y murió de tristeza el 21 de enero (¡qué efeméride!) de 1846. — Su esposa, la insigne articulista de *La Voce della Verità*, no habia sobrevivido al malogrado periódico.

Conque hémos en frente del Duque actual, ó sea del último príncipe que *ha reinado* en *Módena*.

Francisco V, que habia nacido en 1819, heredó á su padre y continuó y áun perfeccionó su política retrógrada. — Antes de subir al trono, escribió ya un opúsculo aconsejando una coaliccion contra la Francia. Su grande orgullo consistia entonces en ser feld-mariscal al servicio de Austria y propietario del Regimiento de infantería austriaca número 32. Añádase á esto que era Archiduque del Imperio y que estaba casado con una alemana, y se formará idea del amor que profesaria á los italianos sobre que debia reinar.

Pronto tuvo ocasion de demostrarlo. En aquel mismo año de 1846, Pío IX fue elegido Papa, é inauguró su gobierno temporal anunciando á

(1) Palabras textuales de un historiador.

la Italia una era de paz y de Independencia, declarándose güelfo, proclamando la fraternidad italiana, abominando de toda presion extranjera en la Península cerrada por los Alpes, y simpatizando con el incontrastable movimiento de nuestro siglo. Estas palabras arrancaron un grito de amor y entusiasmo á veinte y cinco millones de hombres que hablaban una misma lengua, que tenian una misma sangre, que se sentian animados por un mismo génio: *Italia*, en fin, respondió á la voz del Padre Santo, y los pueblos latinos bendijeron aquel anuncio, y la Libertad regocijada se reconcilió con su madre la Religion, que en malhora habia renegado de ella, y los tiranos, los egoistas, los hombres que no conocieron nunca el amor á la humanidad, sintieron el frio de la muerte en las entrañas, como lo sienten las tinieblas á la aproximacion del dia.

(Estas frases no son de mi cosecha: las he tomado de labios de mis comensales.)

En tal estado, Francisco V de Módena no vaciló un momento. Declaróse enemigo del nuevo Papa, de las nuevas ideas y del sentimiento patriótico que conmovia á los italianos; opúsose á toda demostracion de alegría por parte de sus súbditos: prendió, encarceló, deportó, fusiló á todos los que respondieron al noble grito de Pio IX, y, por último, acabó, como acababa siempre su padre en casos parecidos, por llamar en su auxilio á los Austriacos.—¡Hizo más! ¡Les vendió la patria!—Firmó un Tratado con la Corte de Viena en que declaraba á Módena *provincia de Austria*: renunció á la nacionalidad particular modenesa, y á la nacionalidad colectiva italiana; se convirtió de Duque independiente en Procónsul de un soberano extranjero; renegó de la historia de los Este; desheredó á su descendencia; atentó á la obra de Dios..., y pretendió y creyó posible trocar en sajones á medio millon de italianos...—¡Ridícula demencia... si no fuese un espantoso crimen!

Afortunadamente, lo irracional y lo inicuo es siempre pasajero. La revolucion de 1848 obligó al Austria á concentrar sus tropas en el territorio aleman, que se estremecia como toda Europa, y el Duque de Módena quedó en frente de sus súbditos, asistido de los tres ó cuatro mil hombres (tudescos en su mayor parte) que constituian su Ejército.

Los modeneses prorumpen entonces en *vivas* al Papa.

Francisco se encierra en su Palacio, alrededor del cual establece sus *bataliones* y su *artilleria*, amenazando al pueblo.

El pueblo no calla por eso; y el Duque oye sus gritos que piden *libertad ó muerte*.

—*Antes seré cabo en Rusia que príncipe constitucional en Italia* .contesta furioso el de Este.

Y habla de 300,000 bayonetas austriacas con que cuenta para poner en órden á los revoltosos.

El pueblo le replica haciéndole saber que Bolonia, Milan, Nápoles, Roma, ¡toda Italia!, está ya sublevada, y que la revolucion triunfa en todas partes.

Entonces transige el Duque, y ofrece una Constitucion calcada sobre el Estatuto del Piamonte.

—¡*Es tarde!* responde solemnemente el pueblo, avergonzado ante tanta ambicion unida á tanta debilidad.

Francisco V se vió, pues, obligado á partir.

Delante de él salieron don Cárlos (el ex-pretendiente á la corona de España) y toda su familia,—de la que forma parte, como ya sabreis, una hermana del duque de Módena, casada con don Juan de Borbon.

El pueblo los dejó pasar en silencio.

Luégo salieron las princesas.

El pueblo las saludó.

Por último salió Francisco V.

El pueblo le volvió la espalda:

—*Ya tornaré* (dijo), *y seré constitucional...*

El pueblo se encogió de hombros.

—*Os concedo* (añadió el príncipe) *una ámplia amnistia. Cuando vuelva, no recordaré nada de lo sucedido. Todos estais perdonados.*

El pueblo soltó una carcajada.

Un año despues, vencida la revolucion en toda Europa, entraba Francisco V en Módena, al frente de un ejército austriaco, ofreciendo á sus súbditos instituciones liberales y un completo olvido y generoso perdon de las pasadas revueltas.

—*Sólo excluiré de esta amnistia* (dijo) *á los pocos, poquisimos jefes y promovedores que extraviaron el ánimo de mi amado pueblo.*

La mayor parte de los modenesees comprometidos en los últimos sucesos desconfió de las promesas del duque y emigró á lejanos paises.

Los que creyeron en ellas y se dedicaron en su virtud á redactar proyectos de constitucion, á hablar ó á escribir en sentido liberal, viéronse presos y procesados de la noche á la mañana.

Al mismo tiempo el Duque desarmaba la milicia nacional; volvia á llamar á sus Estados á los Jesuitas; decretaba destierros y fusilamientos; resucitaba los hechos del año anterior, á pesar de la otorgada amnistia; declaraba indecoroso para los nobles el asistir á las aulas y el adquirir grados universitarios, y prohibia á la juventud el ir á estudiar fuera del Ducado; *temeroso* (decia el decreto) *de que se pervirtiese su inteligencia con las doctrinas del siglo.*

Celoso imitador de su padre, fundó despues un periódico titulado *Il Distributore* (que el pueblo llamó *Il Disturbatore*), en que se vanagloriaba de no haber reconocido á Napoleon III, y en que eran tratados y tenidos como Reyes reinantes el Conde de Montemolin, el Conde de Chambord y don Miguel de Braganza.

Por entonces, tuvo y perdió una hija, *de nadie festejada ni sentida.*

Cuando estalló la Guerra de Crimea, colocó sus simpatías del lado de los rusos, y persiguió y afligió á las familias que tenian parientes en la division piamontesa que se cubrió de gloria en el Tchernaiá!

Por último, en 1859, cuando los franceses pasaron los Alpes, viniendo en auxilio del Piamonte contra el Austria, Francisco albergaba á su cuñado el pretendido Enrique V, y juntos acariciaban la idea de un nuevo Waterloo y de otro Tratado de Verona que remachase más y más los hierros de la infortunada Italia.

¡Así cumplió el noble Duque su palabra empeñada de ser italiano y liberal en el segundo período de su reinado!

La batalla de Palestro fue el toque de agonía para tan odioso y repugnante despotismo.

El día que se recibió la noticia de aquel suceso, los modenese celebraron ruidosamente la victoria de las armas italianas y corrieron en gran número á alistarse bajo la bandera tricolor...

Francisco intenta castigar á su pueblo; pero el cañon de Magenta le advierte que no tiene tiempo que perder. Decide, pues, partir en seguida: reúne sus tropas; pónese á la cabeza de ellas, y abandona la ciudad.

Al marcharse en 1848, ofreció libertad y clemencia para el día que volviese.

Esta vez se aleja diciendo:

—*Ya tornaré, modenese; ya tornaré... ¡Yay entonces de los traidores! Mi venganza será implacable.*

Quedó, pues, casi desierta la ciudad de *Módena* durante muchos días.

Sólo se veían en ella ancianos, niños y mujeres.

Los hombres se habian ido á luchar divididos en dos bandos.

El Duque y su ejército, compuesto de extranjeros mercenarios, ingresaron en las legiones austriacas.

Los ciudadanos de *Módena*, sin distincion de clases, fueron á pedir armas y un lugar en la refriega al rey Victor Manuel.

Los campos de Solferino los vieron á unos y á otros luchar frente á frente.

Allí vencieron una vez más los aliados á los austriacos.—Allí venció tambien el Pueblo de *Módena* á su aborrecido Duque.

¡Tiempo hacia que estaban emplazados para aquella lid!... Y Dios quiso que los modenese vengansen en un solo día los agravios de muchas generaciones, y tuviesen la inefable satisfaccion de ver caer juntos en una misma derrota al emperador de Austria, á la dinastia *Estense*, al odiado Francisco y á sus cuatro mil sicarios!...

—¡Ahora comprendereis (me han dicho los guardias nacionales y los voluntarios garibaldinos al terminar su relacion) el frenético entusiasmo y el delirante júbilo que estremece todavia á los habitantes de *Módena*!—
¡Estábamos muertos y hemos resucitado!

—Ahora comprendereis (os digo yo á vosotros) por qué exclamé hace un momento con tan cruel delectacion:

—«¡Oh! si Francisco V pudiese ver en este instante á su antigua Corte!»

Sólo el cuadro que presenta la *Trattoria* en que escribo estos apuntes, le haria morir de impotente rabia.—Tres magníficos retratos, uno de Cavour, otro de Garibaldi y otro de Victor Manuel, adornan las ennegrecidas paredes. Más de cien militares (oficiales sardos, guardias nacionales de la ciudad y voluntarios garibaldinos) hablan de los asuntos de Italia, censuran á Antonelli, befan á Francisco II, ensalzan á la Inglaterra; repiten mil y mil veces las palabras antes proscritas de *Patria* y *Libertad*; brindan por la *unidad italiana*; se rien de los tudescos; entonan canciones aprendidas al dia siguiente de Montebello, de San Martino, de Marsala y de Garegliano; son dueños de sus acciones; pueden expresar sus ideas; ejercitan su voluntad; piensan, hablan, viven... ¡Y el mundo no se acaba por eso! ¡Y el sol sale y se pone como antiguamente! ¡Y existen la Religion, la familia, el amor á la virtud, el respeto á la propiedad, el órden más admirable!...—¡Y, sin embargo, Francisco V no es duque de Módena!!

Pero ya han dado las ocho y media: vámonos al teatro.

Estamos en el *Teatro Reale* (antes *Ducale*).

La Sala es grande y hermosa, y está completamente llena.

En sus ciento cincuenta palcos se ve una multitud de bellas y lujosas damas y de elegantes caballeros, ora modeneses, ora de las ciudades vecinas.

Módena, gracias al ferro-carril (obra del nuevo gobierno), dista de Bolonia una hora y minutos, como ya hemos visto; media hora de Reggio, ciudad muy importante; hora y media de Parma, córte de otro ex-reino; dos horas de Plasencia, capital de otro antiguo estado; siete de Génova, ocho de Turin y once de Milan.

El célebre actor Rossi ha hecho acudir á *Módena* mucha gente de todas estas poblaciones.—Mañana será la cita en otra parte, y allí volverán á reunirse y á tratarse como paisanos y vecinos los que antes vivian separados por absurdas fronteras, por mezquinas rivalidades, por bastardas ambiciones....—¿Qué diria si viera estas cosas el difunto Francisco IV, el insigne *enemigo de los ferro-carriles y de los forasteros*?

El teatro está animadísimo. Aquí ¡gracias á Dios! veo ya sin sombrero durante la representacion al público de la platea; pero siempre queda en ella un gran espacio sin asientos ocupado por la apiñada muchedumbre.

El palco ex-ducal, sumamente lujoso, se halla vacío.

Yo me figuro el cuadro *moral* que presentaria esta sala hace dos años.—¿Qué inmenso poder, qué absoluta soberanía, qué exceso de omnipotencia en Francisco V, si se comparaban estas facultades con el estrecho círculo en que las ejercía! El Duque conoceria á todos sus súbditos; los gobernaria *inmediatamente*; sentiria el placer del mando en toda la plenitud de su vanidad; veria en todas partes el reflejo de su propio esplendor; seria rey en su reino, como cada individuo es rey en su casa.—Exento de grandes cuidados; sin miedo á ninguna nacion, á fuerza de tenérselo á